

Ilustración Artística



Artística

Año XVI

BARCELONA 9 DE AGOSTO DE 1897

Núm. 815



FLORISTA VALENCIANA, cuadro de Joaquin Agrassot (Exposición Robira)

ADVERTENCIA

Estando para terminarse la encuadernación del primer tomo de *Don Quijote de la Mancha*, reproducción en facsímil de la segunda edición impresa en 1608, tenemos el gusto de anunciar a nuestros lectores que con uno de los próximos números repartiremos a los señores suscriptores a la **Biblioteca Universal** este volumen de tan importante obra, que no hemos podido repartir antes, como era nuestro deseo, por las muchas dificultades que entraña un trabajo de la índole de éste, si la reproducción ha de resultar digna de una edición tan interesante como aquella del inmortal libro de Cervantes.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea. Cabos sueltos*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*, por Antonio Rubinstein. — *El príncipe de Bismarck*, por Juan Fastenrath. — *La tartana*, por Manuel Amor Meilán. — *Una tribu de aschantis en Barcelona*. — *Nuestros grabados*. — *Isabel, la de los cabellos de oro*, novela de Eugenia Marlitt (continuación). — *Un viaje de placer*. — *En el café del Parque de Barcelona*. — Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

Grabados.—*Florista valenciana*, cuadro de Joaquín Agrasot. — *El príncipe de Bismarck*. — *El príncipe de Bismarck en el castillo de Friedrichsruh*. — *Retrato del rey D. Alfonso XII*, cuadro de Román Navarro. — *Guerra de Filipinas. Segunda línea de trincheras que defendía el puente del Zapote*. — *Sitio denominado de Bancal en el camino que conduce á Dasmariñas*. — *Tribu de aschantis en Barcelona. El jefe de la tribu y algunos de sus súbditos*. — *Mujer aschanti con su hijo*. — *Joven aschanti*. — *Mujer aschanti machacando patatas*. — *Niños aschantis en la escuela*. — *Muchacha aschanti*. — *El maestro de escuela*. — *La danza de los aschantis*. — *Una fragua de gitanos en Granada*, dibujo de Isidoro Marín. — *Paisaje montañoso*, dibujo de Mariano Pedrero. — *El camino de la aldea*, cuadro de A. Vilar. — *Amiguitos*, cuadro de A. Mas y Fontdevila. — *El jefe de la tribu aschanti y su familia*. — *Un viaje de placer*, dibujo de N. Escalier. — *En el café del Parque de Barcelona*, apunte del natural por Torres G. — *Preparativos de pesca*, cuadro de Dionisio Baixeras.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CABOS SUELTOS

Seguramente que la prensa es gentil invención, y el humilde obrero y la persona alejada de los grandes centros sabe hoy más noticias en una hora que nuestros abuelos en un año; pero tiene la prensa un defecto gravísimo; es como el famoso reloj de Burgos: apunta y no da. Escribe todos los días el primer acto de un drama, y jamás quiere ofrecer á los conmovidos espectadores el desenlace; inicia en alta y resonante voz una historia que interesa, y en lo mejor la trunca; su canción no se acaba; su relato tiene cabeza y le faltan los pies. Haced la observación y reconoceréis que es muy exacta. Jamás os dirá la prensa cómo terminan los lances que nos refiere, con los cuales pica nuestra curiosidad, para dejarnos, al fin y á la postre, con un palmo de narices.

Que se ha caído de un andamio un albañil y le han llevado al hospital con pocas esperanzas de vida. — Hétenos ya compadecidos y deseosos de saber si esas pocas esperanzas se convirtieron en realidades; y nos gustaría mucho que un suelto á los ocho días nos enterase de la entrada en convalecencia del desventurado albañil. — Pues ese suelto no aparecerá jamás: toda la vida nuestro corazón compasivo ignorará la suerte final del pobre diablo. — Que ha sido desbalijada una casa y se sigue la pista á los ladrones. — Despidámonos, hasta el valle de Josafat, de esa pista: nunca la encontraremos. — Que se ha fugado un cajero, que se ha evaporado una pareja amorosa, que se ha arrojado de un quinto piso una muchacha desesperada y romancesca, que aparece envenenado un vejete, que se ha sacado de un pozo un fragmento de pierna y la mitad de un costillar humano... — Apuesto lo que no tengo á que jamás llegaré á averiguar, por medio de la prensa se entiende, si se descubrió la guarida del cajero y se recobró lo *filtrado*; dónde se encuentra el arrulladero de la pareja amorosa, y si el lance acabó en la iglesia; por qué la precipitada del quinto piso adoptó resolución tan radical; quién le dió al anciano el jicarazo, y de quién era aquella pierna mutilada... — El periódico, que lanza el primer día la noticia con estrépito, con los redobles correspondientes á los sucesos extraordinarios, al segundo ya sólo le consagra diez renglones, distraídos y fríos; al tercero dos líneas casi ininteligibles, y al cuarto lo ha relegado al cajón de los expedientes muertos, y trompeta con furia otro evento cualquiera — guerra, inundación ó parricidio, — olvidado á su vez á la vuelta de media semana. Yo creo que de esta inconstancia, de esta caza de la noticia repentina, incompleta y confusa como

una charada casi siempre, se origina esa impresión de esterilidad y de vacío que deja en el ánimo la lectura de las secciones noticieras y de la parte estrictamente consagrada á la actualidad en los periódicos. Una inmensa fatiga nace de esa incoherente amalgama de noticias sin antecedentes ni consiguientes, sin ilación ni clave. Por eso hay quien todavía prefiere el artículo político y quien busca como una golosina la sección literaria. En lo político sí que se enlazan los sucesos y se mira una cuestión por todos sus aspectos y se discurre sutilmente acerca de los móviles de las acciones más insignificantes; y en la literaria, el escritor que cuenta un cuento se cree en el caso de decir *en qué paró*; si en boda, si en entierro... A lo menos esta ventaja tenemos los cuentistas — historiadores al modo lírico, en tono menor, pero historiadores. — La historia, en el noticierismo, es un picadillo: *dissecta membra*, que dijo el profano; y nuestro interés y nuestra emoción se pierden en el vacío, y nuestra curiosidad, sinapismo perpetuo, sigue estimulándonos, y la picazón no se nos quita nunca. ¡De cuántas historias, que la prensa había iniciado y dejado colgadas, á estilo de la cabeza sangrienta del folletín, he buscado yo las huellas en referencias particulares, como se busca el segundo tomo de una novela después de que la casualidad nos hace devorar el primero!

Fácilísimo es cerciorarse de este procedimiento en la prensa. Fijaos en los dramas que ahora mismo ruedan por las columnas de todos los diarios. Hay un joven que aparece muerto al pie de las tapias de la quinta de su padre: sobre la conducta de este joven, sobre sus antecedentes, sobre la persona del asesino, todas son conjeturas, comentarios, revelaciones contradictorias. Sin embargo, nuestro instinto parece que nos dicta una hipótesis; para fundarla, necesitaríamos que la prensa, que dispone de tantos medios de investigación, nos trazase, con la precisa puntualidad del coleccionista de *documentos humanos*, la biografía del joven Ricardo Olivier, los orígenes de la escisión entre el malaventurado mozo y su padre, el carácter y antecedentes de éste — algo en fin que diese luz acerca de los motivos que pueden sugerir á todo un pueblo la suposición terrible y monstruosa de que un padre ha asesinado á su hijo. — Pero abro los diarios, y ya ha caído el peso del silencio sobre este espeluznante drama; ya no se consagran ni las dos líneas de despedida á la *muerte misteriosa*. Ahora empiezan las lentas actuaciones judiciales, y el misterio, en vez de esclarecerse, probablemente se oscurecerá más y más. A no ser que el acaso nos lleve á tropezar con alguna persona enterada, nunca volveremos ni á sospechar quién fué el que arrastró por las ropas el cadáver de Ricardo Olivier, con la espina dorsal fracturada y magulladas las sienas.

Hace pocos días era otro negro enigma el que nos proponía la letra de molde. En la bóveda de un edificio adherente á una iglesia habían aparecido docenas de cajas con restos humanos, de niños y de mayores; un cementerio clandestino en toda regla, ó mejor dicho — si no fuese algo irreverente la expresión, — una fábrica de conservas humanas, hedionda fábrica donde el sueño de la muerte se dormía en cajones desvencijados, entre el polvo y las telarañas de un desván. Un sacristán codicioso, indiferente, como por desgracia suelen serlo muchos de su profesión al respeto y al decoro del templo, traicionando la confianza que en él se había depositado, era quien traficaba de tan repugnante manera, recogiendo en secreto los cadáveres para hacinarlos en aquel sitio, donde al fin los denunció el hedor de la podredumbre. Esto, y la prisión del sacristán, es lo que de las noticias de la prensa hemos podido deducir. Después ya nada más se supo, y quedaron puestas en el magín de muchos lectores media docena de interrogaciones lo menos. ¿Con qué objeto se entregaban al sacristán esos cuerpos muertos, que según la prensa no presentan señales de violencia, huellas de heridas ó golpes? ¿Qué economía resulta de comprar tan extraño sepulcro, exponiéndose á todos los inconvenientes y riesgos de una causa, si no se trata de ocultar ningún crimen? ¿Pueden desaparecer en una ciudad treinta ó cuarenta personas, muchas de ellas adultas, sin que nadie sospeche nada, sin que la justicia se alarme? ¿Puede ponerse en libertad, como decían los diarios, al hombre en cuyas manos se encuentra un matute fúnebre de tal magnitud? ¿Cabe que ese contrabando permanezca oculto durante años, sin que el vecindario sospeche algo; sin que las desapariciones, el traslado de los cadáveres desde la casa mortuoria á la del sacristán enterrador, levante esos rumores que entre la gente del pueblo cunden lo mismo que la llama en la mies seca, y que, por lo lúgubre del asunto, tenían que ser en este caso doblemente graves, doblemente hondos, más difíciles de acallar y de extinguir?

Ni la más insignificante explicación de todos estos problemas he visto en ningún diario. La razón de un hecho tan inusitado y sospechoso como el del sacristán de Sevilla (creo recordar que de Sevilla era), me la he buscado yo, en la carestía de los entierros y en la antigua y tradicional afición de las gentes á ser sepultadas en las iglesias. Presumo que el sacristán ofrecía á sus parroquianos depositar los difuntos que le entregaban bajo las losas de la nave del templo. Esto era halagüeño para la familia, y más si el estipendio se reducía á dos ó tres duros, y se ahorraban mucho dinero y cien enojosas formalidades. Al pobre le cuesta relativamente carísimo el nacer, el casarse, el morir; así es que evita casarse todo lo que puede, y morir, se muere porque no hay más remedio; pero como le dejasen, á buen seguro que ni en broma se muriese. Por donde el sacristán tenía una constante clientela, y depositaba á sus *parroquianos* en sitios de esos que jamás se registran, ni se visitan, y donde tal vez presumía que se quedasen sin dar guerra hasta el momento en que sonase la trompeta del Juicio final...

Hoy, lo que creo que preocupa más la atención del público, es la desaparición de un niño, á quien unos creen arrebatado para suprimirle ó secuestrarle, y otros para rodearle de toda clase de felicidades y bienes terrenales, encumbrándole á una posición muy alta. Ese condesito de nombre romancesco, Fernán González, antes jugando en pernetas con los pilluelos de la plaza de Vigo, y ahora reclinado en una berlina de ocho resortes — si es que no yace en el fondo del mar con una bala de grueso calibre al cuello, — constituye una de las novelas más interesantes que habrá escrito la gran novelista llamada *la realidad*, la cual se mete en el bolsillo, no digo yo á los Balzac y á los Walter Scott, pero también, en ocasiones, á los Ponson du Terrail y Dumas; á los de más descabellada y fértil fantasía, á los más fecundos en sorpresas, complicaciones, aventuras y lances inverosímiles.

Apostaré, sin embargo, que con todo el *clavo* que tiene la novela de Fernán González, pasados los primeros momentos la prensa cesará de agitarla, y sólo por casualidad sabremos acaso, dentro de diez ó de doce años, si los vivimos, en qué quedó. ¿Se acuerdan ustedes de una boda que dió que imprimir en ambos mundos, en todos los idiomas conocidos; que hizo jugar el telégrafo, que puso en movimiento á las agencias, que revisió los caracteres de un acontecimiento internacional, aunque en el fondo se redujese á una intriga de amor asaz baladí? ¿Se acuerdan ustedes de doña Mercedes Martínez Campos y el señor Mielvaque? Después de tanto ruido, verdad que sería agradable leer alguna vez tres renglones que dijese, verbigracia: «Aquel matrimonio que nos ocupó durante un mes ó mes y medio, reside ahora en tal parte, tiene un chico y dos chicas, y se encuentra bien de salud.» Pues nada: no he vuelto á ver impreso el nombre de esa pareja. Cuando censuran á los novelistas que dejan en la obscuridad la suerte ulterior de sus héroes, deberían hacerse cargo de que así queda la de los personajes «de carne y hueso» en la vida real.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

Los ceros representan un papel importante en la combinación de cifras; también las nulidades lo representan en el conjunto de la sociedad humana.

* *

Los reyes tuvieron antiguamente á su lado los bufones, es decir, hombres que podían decirles la verdad, pero sólo como diversión.

* *

La mayor felicidad que en mi concepto ha sido concedida al hombre es el sol, y no me explico que hombres que viven bajo un cielo azul y luminoso se muestren en las cuestiones políticas y sociales tan descontentos como los que habitan en países donde predominan las nubes y la niebla.

* *

Las ciencias naturales no excluyen la creencia en Dios, porque por mucho que se estudie y explore la naturaleza desde todos los puntos de vista, siempre queda en definitiva un misterio enigmático por resolver y por explicar: el del Creador.

* *

En Rusia vivo, en Alemania pienso, en Francia gozo, en Italia, España y Suiza admiro, en Inglaterra, Holanda y Bélgica trabajo, en América comercio y en todas partes amo.

* *

Comer y alimentarse son dos cosas idénticas que, sin embargo, en el lenguaje corriente se diferencian: el rico come, el pobre se alimenta.

ANTONIO RUBINSTEIN

EL PRÍNCIPE DE BISMARCK

El solitario de Friedrichsruh, que *puso en la silla á la Germania*, conduciéndola hacia el sol, figura aún hoy en el primer plano de la escena universal, preguntando el mundo á cada ocasión: «¿Qué piensa el príncipe de Bismarck?»

A pesar de la dimisión á que le forzaba el nieto del emperador Guillermo I el 18 de marzo de 1890, el ermitaño del Sachsenwald, que por sus inclinaciones patriarcales y su naturaleza enérgica recuerda á Oliverio Cromwell, asemejándose por su temperamento irascible, por su esencia tan genial como juvenil, por su inclinación de retirarse del ruido del mundo y por sus victorias á Aquiles, el príncipe de Bismarck continúa siendo el señor de los pensamientos, el ídolo, el héroe favorito del pueblo alemán, y lo será mientras haya gratitud en los corazones alemanes por el creador de su unidad, por el que en pro de la patria sugirió su voluntad á Guillermo I, aunque Guillermo II trate de rebajar el mérito de Bismarck, llamando al director de la política alemana el instrumento de la regia voluntad. No y mil veces no: Bismarck era mucho más que un allegado del rey, aunque por motivos tácticos ó cortesanos se denominaba con frecuencia su vasallo fiel. Guillermo I no creía en su estrella y necesitaba en el otoño de 1862 de una personalidad tal que Bismarck, que le levantara al sentirse inclinado á la abdicación.

Guillermo I es el hombre bondadoso y modesto, el carácter sencillo y cándido en que nada había de transformar la inmortal fuerza creadora de la fantasía popular, y tal que era pasaba á la tradición, obteniendo ya en vida una gloria legendaria que no tendrán ni Diderico de Berna, ni Carlomagno. Si Guillermo I no es el grande, como le denomina su nieto Guillermo II, es el emperador caballero, el señor fiel sin falsedad alguna.

La amistad que existía entre el emperador y su Gran Canciller es sin segunda en la Historia.

Nadie ha seguido con mayor firmeza las buenas tradiciones de su familia que Bismarck, y su vida demuestra que la tradición constituye la fuerza del pueblo germánico, pareciéndose al áloe, que produce

infundía admiración y respeto, Bismarck inspira, no sólo respeto, sino asombro y miedo. Nos figuramos estar ante un armario lúcido, ante una colección de armas peregrinas, no sabiendo qué arma debemos tomar, pues ignoramos cuál está cargada. Unas veces se hace un estruendo ya al más mínimo contacto; otras veces podemos contemplar tranquilamente y sin miedo alguno aquel organismo extraordinario.

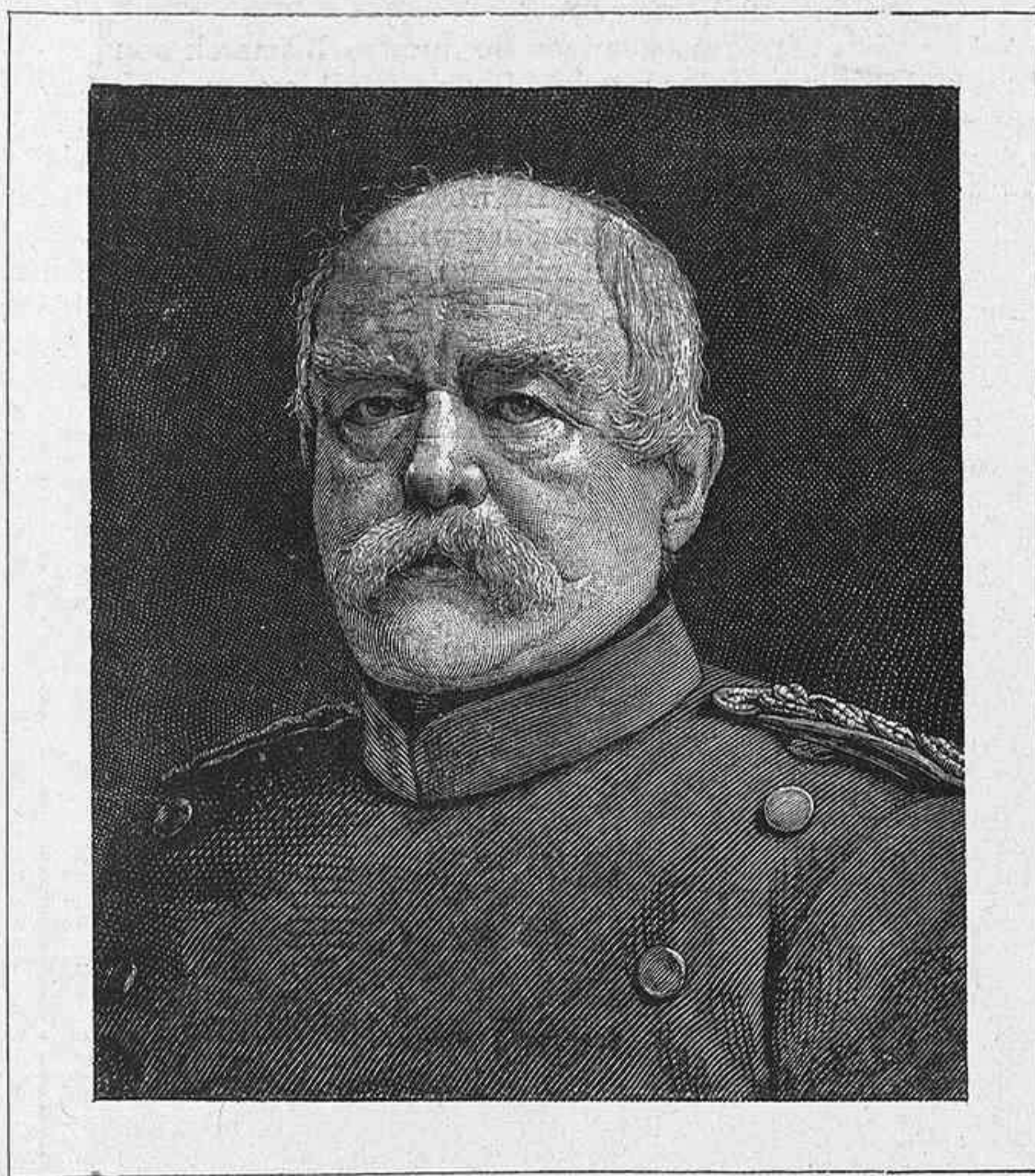
Produce admiración y hasta asombro á los mismos diplomáticos, y aun á los reyes y emperadores, la sin igual franqueza con la cual Bismarck expone, y siempre expone oportunamente, sus más íntimas ideas, sus más grandiosas concepciones, sus más atrevidas conclusiones. Aquel ingenio satírico que produce la tierra arenosa de la Marca de Brandemburgo desde que Voltaire la habitó y desde que Lessing se desarrolló allí, se encuentra también en Bismarck.

Tiene gracia lo que decía en Viena á un poeta alemán, el Sr. Dingelstedt, que arregló á la escena alemana el drama *Enrique VI*, de Shakespeare: «Tiene usted razón, decía el canciller alemán, en haber suprimido en su drama de usted á mi colega el canciller; hay tanta gente en la corte, que se puede carecer fácilmente del canciller.»

¿Pero quién hubiera imaginado que llegaría día en que un sucesor de Guillermo I suprimiese al príncipe de los estadistas?

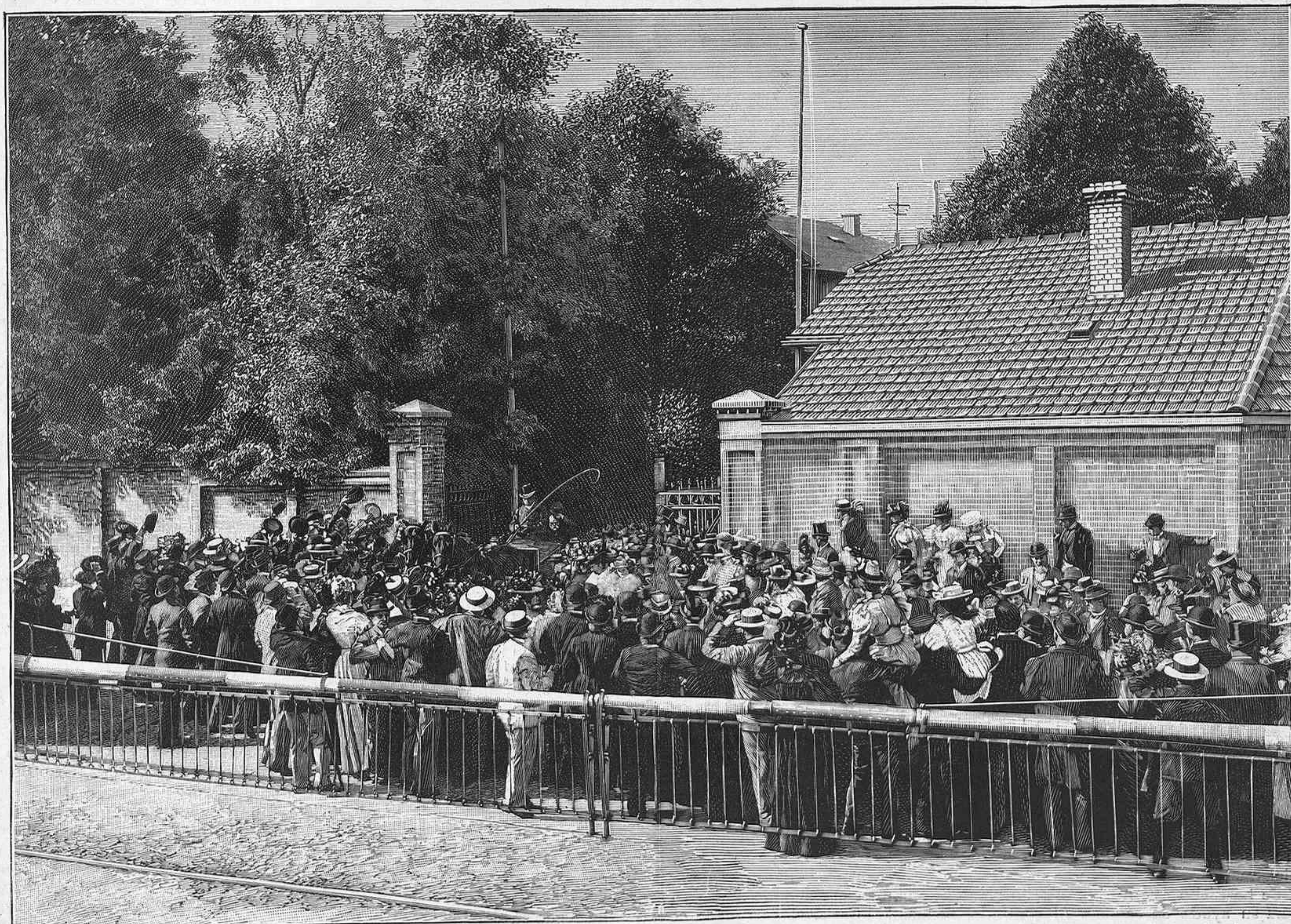
Los biógrafos de Bismarck nos damos la enhorabuena por el riquísimo material que nos proporciona el Sr. Horst Kohl en los *Anales bismarckianos*, que no titubaremos en llamar un monumento más duradero que mármol y bronce, y el doctor Mauricio Busch en su publicación *El Conde de Bismarck y su gente*, que contiene lo que pu-

dieran llamarse *discursos de mesa* del conde y de sus comensales los miembros de su estado mayor diplomático, durante la guerra franco-alemana. En aquellos discursos que se deben al impulso del momento y que tienen, lo mismo que los discursos parlamentarios del entonces conde y después príncipe, rasgos



EL PRÍNCIPE DE BISMARCK

siempre flores encantadoras. En medio de los escollos del tiempo, Bismarck tenía siempre fija la mirada en el único faro, el cual es el trono y la patria. Mientras que Moltke, cuya figura era flexible como una buena espada, y cuyo rostro tan fino tenía en sus surcos las huellas de continuo trabajo intelectual,



EL PRÍNCIPE DE BISMARCK EN EL CASTILLO DE FRIEDRICHSRUH (de fotografía instantánea de Hans Breuer, de Hamburgo)

propios del folletín; en aquellos discursos que — perdonémoslos la frase — *están empedrados* de anécdotas y de recuerdos en que el canciller no fué sino diplomático en embrión, hombre de Estado en agraz; en aquellos cáusticos juicios críticos sobre sus contemporáneos, en aquellas efusiones de su sentimiento, se refleja el carácter de Bismarck de la manera más fiel, ofreciéndonos el cronista de aquellas tertulias al Bismarck más puro y más genuino. Es como si viésemos un retrato cumplido de Bismarck como particular, formando los rasgos del cuadro una mezcla singular de melancolía propia de todos los grandes hombres de la historia, de agudeza, de profundidad del ánimo, de orgullo ante los hombres y de humildad ante Dios. Al caracterizar á otros, el estadista se caracteriza aún más francamente á sí propio. ¡Cuánto pudieran aprender en sus discursos, no sólo los neófitos en política y los diplomáticos en estado de crisálida, sino también los que tienen experiencia del mundo!

No hay nada teatral, nada artificial en los discursos del canciller que revele aquel rasgo eminentemente positivo de los naturalistas de nuestra época que se fijan en las relaciones reales.

¡Cuán características para Bismarck son estas palabras que pronunció el 28 de septiembre de 1870 en el palacio de Ferrières: «Yo no comprendo cómo sin la fe en una religión revelada, en Dios que quiere lo bueno, en un Juez supremo y en una vida futura, se pueda vivir de una manera ordenada, cumpliendo con su deber y dejando lo suyo á cada cual. Si dejase de ser cristiano, no quedaría yo ni una hora más en mi puesto. Si no confiase en mi Dios, ciertamente no haría caso de ningún señor de la tierra. ¿Por qué debo trabajar sin descanso en este mundo, exponiéndome á sinsabores de todo género, si no me penetro del sentimiento de que por Dios tengo que cumplir con mi deber? Si no creyese en un orden divino que haya destinado á la nación alemana para algo bueno y grande, hubiera luego renunciado al oficio de diplomático, ó no lo hubiera empezado. A mí no me seducen las condecoraciones ni los títulos. La constancia de que he hecho prueba durante diez años continuos contra todo género de absurdos, la debo solamente á mi fe resuelta é inquebrantable. Si no fuese un creyente cristiano, si no tuviese la base peregrina de la religión, no hubieran visto ustedes tal canciller de la Confederación. Mostradme un sucesor que tenga aquella base, y yo me retiraré de buena gana. Pero estoy en medio de paganos. Diciendo eso no quiero yo hacer prosélitos, pero tengo necesidad de confesar mi fe. Quien me quita esto me quita mi patria.»

Había una cosa en Bismarck mucho más poderosa que el amor á la gloria, y es el amor á la patria; había una cosa en él mucho más poderosa que el estímulo del aplauso, y es el estímulo del deber. Bismarck sabía por las luces de su inteligencia y por la historia que un Parlamento podría ser el coronamiento de la unidad alemana, pero que la base había de ser una fuerte monarquía, la firme voluntad del rey. La varonil palabra de Bismarck hirió, no sólo abajo, sino también arriba. Si hay mudanzas en sus opiniones, el mismo Bismarck las explica con estas modestas palabras: «¿He aprendido algo?» Las mudanzas son las del árbol que está creciendo. Bismarck, que fué un hidalgo de la Marca, el adalid más esforzado de la aristocracia prusiana, ha aprendido á ser un verdadero alemán.

Antes de 1866 el pueblo alemán le odiaba. Después de 1866 el pueblo le admira; después de 1870 el pueblo le ama, y desde su abdicación le adora, le idolatra.

Se ha dicho que no hay ningún grande hombre para su ayuda de cámara. Al contrario, Bismarck, para quien le conozca en sus relaciones más familia-

res, en vez de descender de su altura, hace acrecentar la admiración y conquista las simpatías. En sus cartas, escritas desde Francfort, Viena, Pesth, Copenhague, Berlín, Amsterdam, San Petersburgo y Koenigsberg, hace sonar ese cascabel argentino que los franceses llaman *esprit*.

Los mayores enemigos de nuestro Bismarck son el insomnio y los nervios. Podría escribirse un capítulo entero, un capítulo humorístico, sobre los nervios de Bismarck. Por la irritación y la rabia de sus nervios, el referendario Bismarck se despidió de la carrera de la administración prusiana; después irritáronse los nervios bismarckianos, aquellos nervios tan sensibles y autocráticos, en la dieta prusiana cuando se hablaba de libertad y de Constitución; pero gra-

sado que está arrastrado por ella, sin que avance de su sitio.»

El emperador Guillermo II habrá sido, pues, el bienhechor de Bismarck al dimitirlo en marzo de 1890, dejándole salir para su modesto castillo de Friedrichsruh, donde no tiene por amiga sino la historia universal, á que pertenece desde hace años, rodeando ya el alma del pueblo al heroico anciano con la aureola de la leyenda, anticipando su juicio á los siglos.

Nuestro pueblo se regocija con él al verlo volver á su hogar después de hazañas inmortales, fumando su pipa larga, no queriendo pertenecer sino al pueblo, pues á éste pertenecemos todos y asimismo el rey de Prusia. Conoce todos los árboles de su frondoso Sachsenwald y les profesa un afecto singular, así como á sus perros.

Bismarck es el hombre providencial soñado por el poeta Manuel Goibel cuando decía: «¡Oh, destino, danos un hombre, un hombre! ¿Qué nos importa el ingenio de los periodistas, el tiritio bien rimado de los vates desde las arenas del mar del Norte hasta el Brenner? Necesitamos sólo un hombre, un nieto de los Nibelungos, para que con su mano y su pierna de hierro dirija al tiempo, ese corcel enloquecido.»

Ahora el anciano del Sachsenwald, los ojos serenos bajo la frente majestuosa, envuelto en capa larga, nos parece el Odhin de la mitología germánica. ¡Con qué vehemencia había de conmovér al Olimpo y al Aqueronte, y qué de veces tenía que agitar el martillo de Jhor para construir el Imperio alemán!

Al conmemorar el 1.º de abril de 1895 el 80.º cumpleaños de Bismarck, hemos saludado al genio de la Historia. Debía de alcanzar la edad de Matusalén, si pudiese beber la cerveza y el vino que le han enviado sus admiradores, y con las cantidades de comestibles enviadas á Friedrichsruh se podrían mantener varios regimientos.

Desde hace años Asociaciones patrióticas, corporaciones y particulares, ruegan á Bismarck les envíe vástagos de su encinal del Sachsenwald.

JUAN FASTENRATH

LA TARTANA

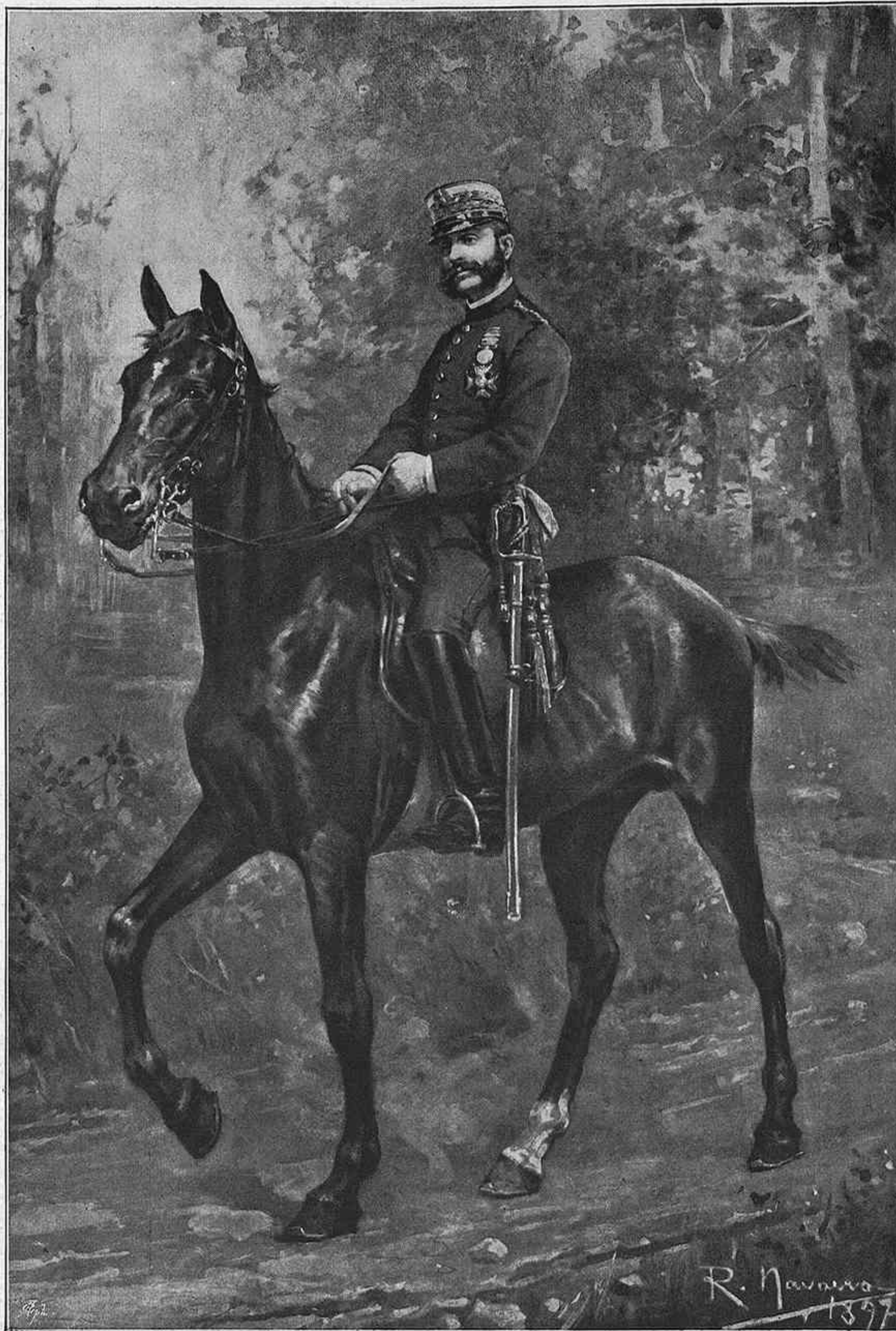
Dando tumbo sobre tumbo, más bien que rodando por la empolvada carretera, la obscura tartana de bombeada cubierta y arrastrada por miserable cuartago, que en eso de dejar adivinar la osamenta á través de la piel da quince y raya al inmortal Rocinante, marcha á la sombra que extienden las rectas palmeras alineadas á uno y otro lado, y que dejan caer desde lo alto, como briznas llantes y verde quitasol, sus anchas y puntiagudas hojas.

Sentado en el pescante y con las piernas colgadas hacia fuera, el tartanero, al hombro la rayada y obscura manta y en la cabeza anudado el típico pañuelo, canturrea á media voz la resobada copla:

*Chiquetas, si voleu vindre
al olivar de m' agüela...*

De vez en cuando interrúmpese en su canción, hace restallar como de mala gana y con indolencia musulmana de verdad el nudoso látigo, y al sentirlo sobre sus orejas el jamelgo, pega un bote, hace vacilar un punto á la tartana y arranca en un trotecillo corto y desigual hasta que de nuevo vuelve á acortar la marcha y á hacer soltar un mal sonante vocablo al hombre.

Allá, á lo lejos, al final de la recta carretera, descúbrese la hermosa ciudad del Turia con sus terrazas y sus torres, con sus puertas y sus flores; á la derecha las pintorescas *masías*, las empalizadas de juncos y de cañas y el río con sus inmensos puentes y



RETRATO DEL REY D. ALFONSO XII, obra de Román Navarro
(Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1897)

cias al curso del tiempo y á la corriente de las ideas, sus nervios se acostumbraban á todo, al constitucionalismo y á las elecciones directas.

Antes de su advenimiento al poder Bismarck nos presentaba el cuadro olímpico de un hombre valiente en la plenitud de la salud y de prepotente virilidad; pero desde ahora tiene que luchar con indisposiciones físicas de todo género. Su médico y su providencia eran su esposa; su medicina y el encanto de su vida eran la selva. Ya se desvaneció su rica cabellera, reemplazada por aquellos famosos y sutiles *tres cabellos*, que ostenta su retrato en los dibujos humorísticos del *Kladderadatsch* y de otros periódicos festivos.

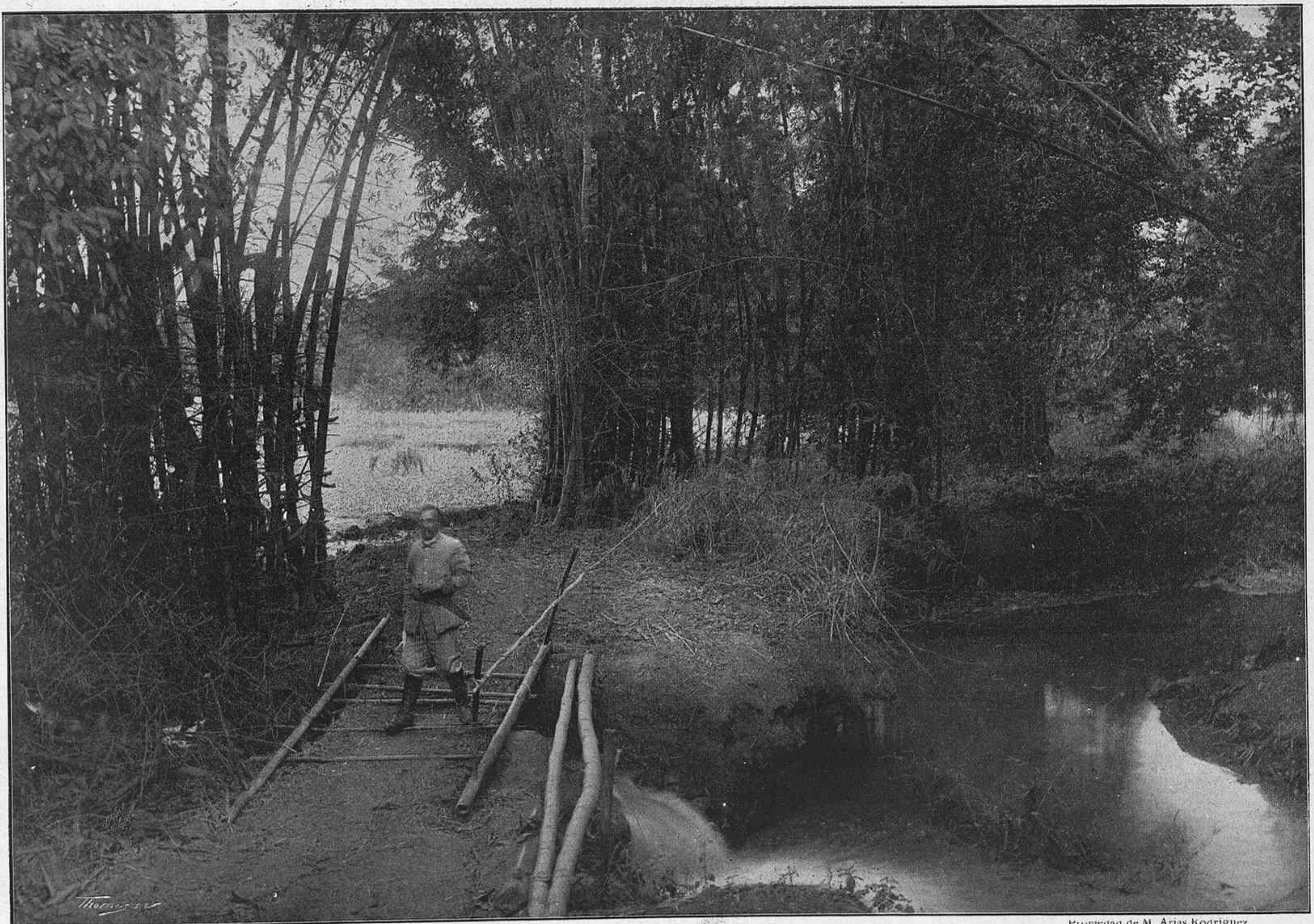
Hoy, después de haber tenido la amargura inmensa de perder á su esposa amantísima, su querida Juana, se llama á sí propio un *inválido de la guerra*.

En 1863 escribía: «Veo un bienhechor en cada persona que trata de derribarme del ministerio.» Y el 12 de julio de 1865 escribió á su hermana desde Carlsbad: «La rueda continúa haciendo su camino día por día, y se me figura que soy yo el caballo can-



Propiedad de M. Arias Rodriguez

GUERRA DE FILIPINAS. - PROVINCIA DE CAVITE. - SEGUNDA LÍNEA DE TRINCHERAS QUE DEFENDÍA EL PUENTE DEL ZAPOTE Y CAMINO QUE DESDE ÉSTE COMUNICA CON EL PUEBLO DE LAS PIÑAS (de fotografía)



Propiedad de M. Arias Rodriguez

GUERRA DE FILIPINAS. - PROVINCIA DE CAVITE. - IMUS. - SITIO DENOMINADO DE BANCAL EN EL CAMINO QUE CONDUCE A DASMARIÑAS (de fotografía)



TRIBU DE ASCHANTIS EN BARCELONA. — EL JEFE DE LA TRIBU Y ALGUNOS DE SUS SÚBDITOS (de fotografía de Xatart)

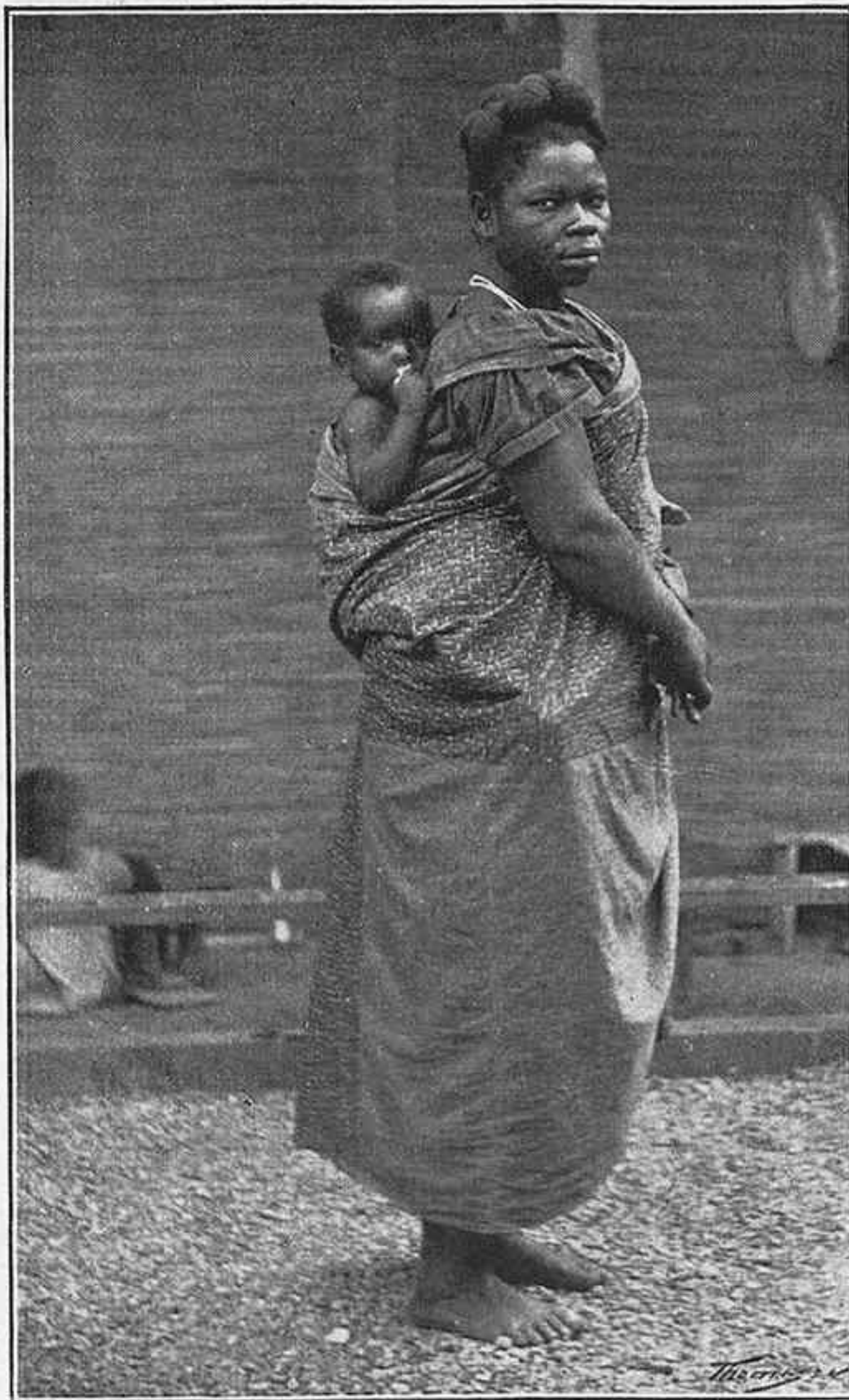
su corriente escasa; á la izquierda largas filas de naranjos, interrumpidas acá y allá por los bruñidos carriles de la vía férrea, ó por los oscuros macizos del alto cáñamo.

Detrás se queda el puerto del Grao, sorprendido en un momento de exaltación artística por el incomparable Suste, el desdichado marinista, perdido para el arte mucho antes que para el mundo. Allá se queda con sus casetas pintarrajeadas y sus banderines en la playa, con sus barcazas y sus vapores, con sus tabernas y sus paseos...

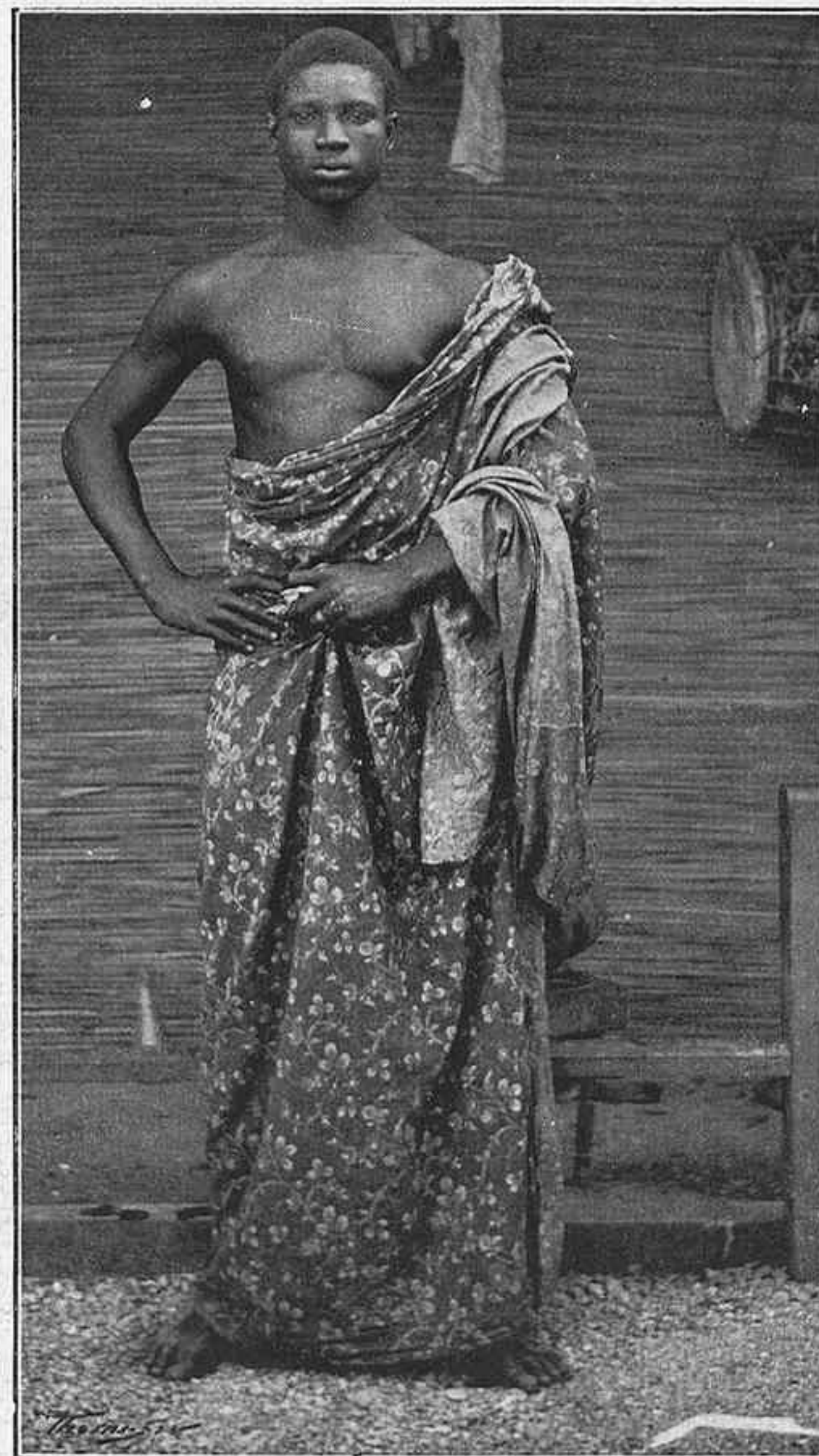
Al pasar por debajo de las palmeras, la tartana se sintió acariciada por un rayo de sol que hurgando por entre las verdes y lanceoladas hojas, deslizóse furtivamente por la trasera ventanilla del carricoche, poniendo de repente al descubierto y mostrando á la luz todo su interior y su pobreza.

Detiéndose primero en los asientos rellenos de resaca y podrida paja que se muestra desvergonzada por entre los desgarrones y las puntadas de los malcosidos remiendos; sube y sube, y párase á contemplar la tela, desteñida por el sol y por el uso, que

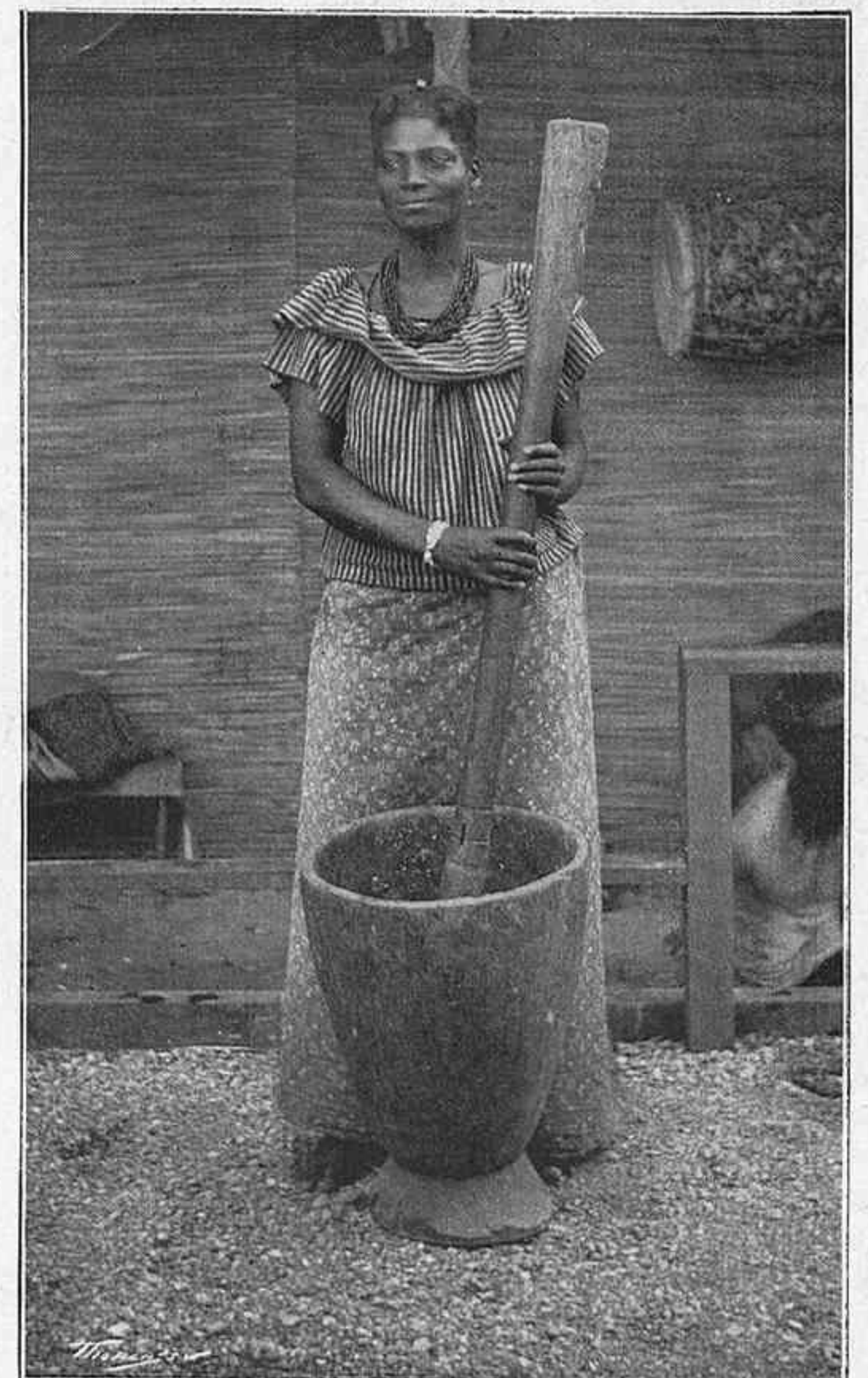
cubre los cuatro planos del carruaje, una tela que en otros tiempos fué de colores claros y chillones, pero en la cual hoy el azul del fondo aparece casi blanco y el rojo de los ramos y las flores obscuro y ceniciento; asciende luego á la bombeada y negra cubierta, que tiene todo el aspecto y traza de la tapa de una tumba, y se complace en examinar los manchones que la brea dejó al retocar su color desteñido por el sol ó por el agua, y las poco cuidadas costuras de los remiendos de la impermeable tela, para salir luego, después de su breve y detenido examen,



MUJER ASCHANTI CON SU HIJO
(de fotografía de Xatart)



JOVEN ASCHANTI (de fotografía de Xatart)



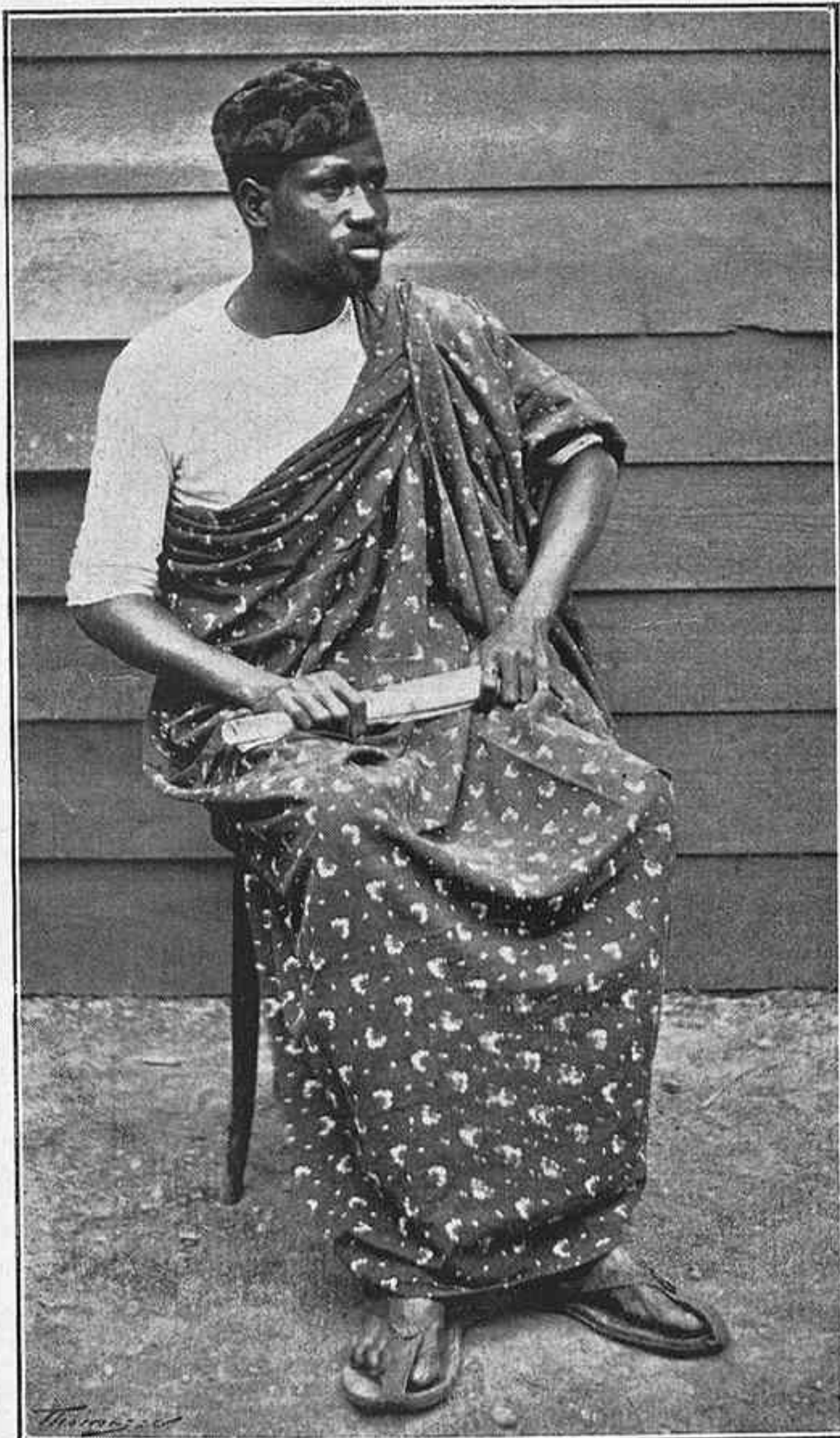
MUJER ASCHANTI MACHACANDO PATATAS
(de fotografía de Xatart)



NIÑOS ASCHANTIS EN LA ESCUELA (de fotografía de Xatart)

por la ventanilla delantera, buscando de nuevo el aire libre y escapándose alegremente para reunirse con sus otros compañeros y recrearse en otros espectáculos mucho más gratos y hermosos que le brinda el paisaje valenciano.

Cuando el tartanero se encuentra al paso alguna *chiqueta* de falda clara que deja ver la media azul y la garganta de un pie bullidor y coquetón, se desata en una serie de jaculatorias, alabanzas y piropos, que no cesan hasta perderla de vista, y que no las corta



EL MAESTRO DE ESCUELA (de fotografía de Xatart)

sino la interjección brusca y malsonante á la que acompaña el restallido del látigo azuzando á la cabalgadura.

Y vuelta luego á la indolencia musulmana, y vuelta á dejarse llevar mejor que guiar la tartana, mientras repite por milésima vez la canción

Chiquetas, si voleu vindre...

MANUEL AMOR MEILÁN

UNA TRIBU DE ASCHANTIS EN BARCELONA

Desde hace algunos días el público barcelonés puede admirar un espectáculo en extremo pintoresco, curioso é instructivo: la exhibición de una tribu de aschantis que ha sentado sus reales en un solar de la Ronda de la Universidad. El espacio no resulta muy grande para el objeto á que ha sido destinado, y por su situación y su carácter carece de árboles, de accidentes de terreno, en suma, de todos esos elementos que pudiéramos llamar decorativos y que tanto contribuyen á aumentar los atractivos de esta clase de exhibiciones. Y sin embargo, la mano hábil de una dirección inteligente ha sabido sacar tal partido del local, que la gente apenas nota aquellas deficiencias y la ilusión resulta poco menos que completa.

A lo largo de dos de los lados del solar extiéndense dos líneas de barracas, dormitorios y talleres, y en el centro levántanse, además del destinado á cocinas, cuatro cobertizos en los cuales lucen sus habilidades los aschantis de ambos sexos y de todas edades.

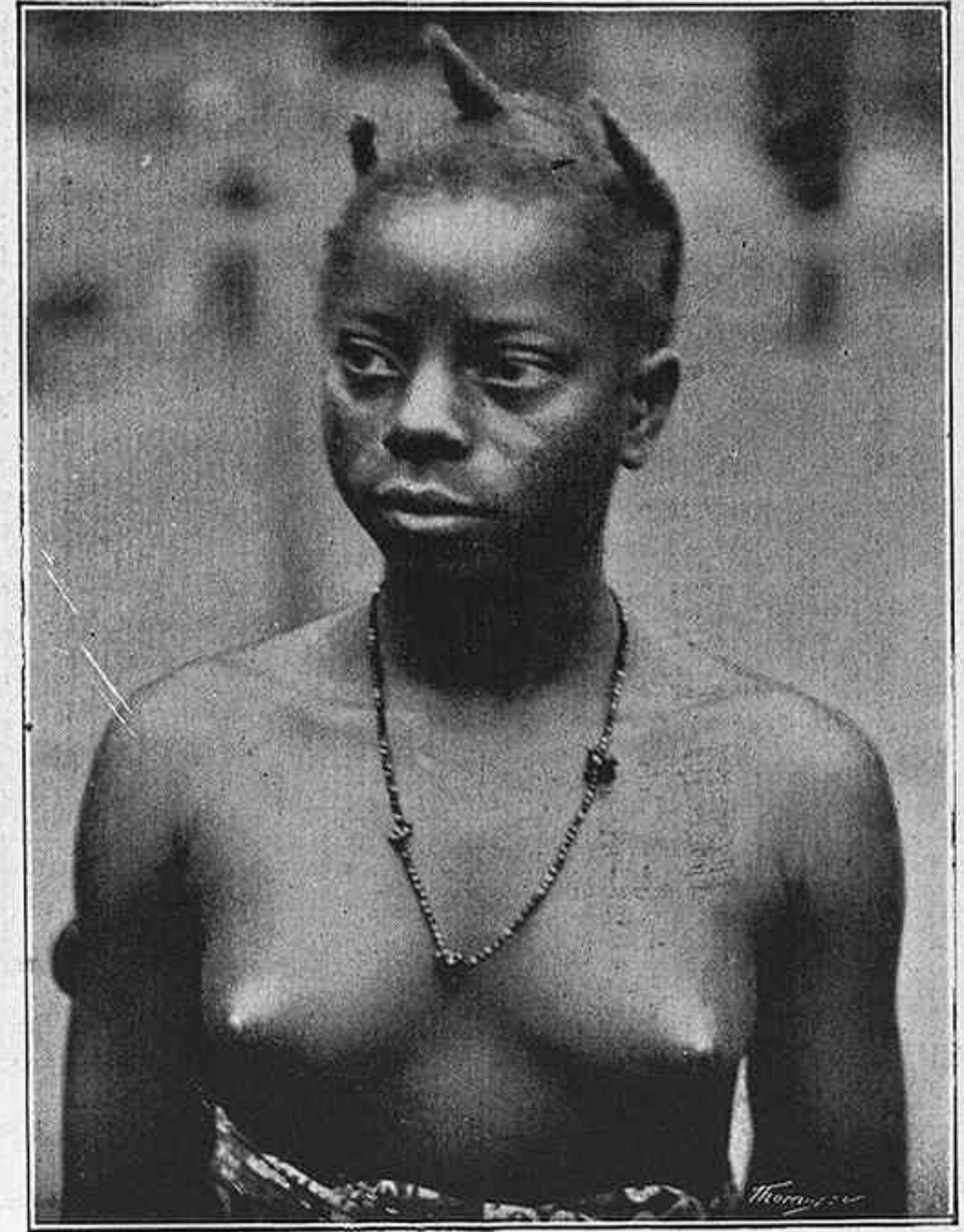
Compónese la tribu de 150 individuos, y en todos ellos, así en los hombres como en las mujeres, lo mismo en los adultos que en los chiquillos, admíranse la elegancia y esbeltez de sus figuras y el heimoso color bronceado de su limpia piel. En sus rostros se adivina una gran viveza, sus ojos son inteligentes y expresivos y sus actitudes resultan verdaderamente artísticas. Muéstranse en extremo corteses con el público, agradecen con expresivos ademanes cualquier atención de que se les hace objeto, y los padres demuestran con cariñosas manifestaciones su reconocimiento á los que acarician á sus chiquitines. Estos, por su parte, aun los más pequeños, muéstranse sumamente sociales y admiten, no sólo sin protesta, sino con verdadero agrado, las caricias que los visitantes les prodigan, cosa tanto más sorprendente cuanto que por decirlo así no les dejan aquéllos un momento de reposo.

Algunos de ellos, por ejemplo las familias del jefe, del segundo jefe, del maestro de escuela y varios otros, revelan una cultura y una educación muy superiores á las que muchos esperaban encontrar en individuos de un pueblo de tal procedencia.

Los niños de ambos sexos leen y escriben correctamente en caracteres europeos, y dirigidos por su maestro entonan algunas canciones con afinación perfecta.

En resumen, los que van á visitar á los aschantis, creyendo encontrarse con gentes poco menos que en estado salvaje, quédanse agradablemente sorprendidos al observar en ellos cualidades que en vano se buscarían en ciertos puntos y hasta en comarcas de países civilizados.

En donde más se advierte el carácter de pueblos naturales que tienen los aschantis es en sus usos, costumbres, juegos y danzas. Su comida es por demás sencilla y el modo de prepararla en extremo rudimentario: compónese aquélla, además del pan, de una especie de tortas de patatas y harina de maíz que se machacan en un gran almirez y con una mano de mortero de un tamaño colosal, y se comen mojadas en una salsa compuesta de varias legumbres. Las cocinas consisten en sencillos fogones de arcilla construídos en hilera debajo de uno de los cobertizos, y los utensilios para guisar son cacerolas, cubos,



MUCHACHA ASCHANTI (de fotografía de Xatart)

palanganas y otros objetos por el estilo. En la alimentación entra también, aunque como elemento muy secundario, la carne. Las danzas y los cantos son de una sencillez verdaderamente primitiva; redúcense las primeras á movimientos lentos, por regla general, y extrañas contorsiones que las muchachas ejecutan con el cuerpo encorvado, y las segundas á unas melodías monótonas, tristes, á esas cadencias características de la música de los pueblos negros. Unas y otros se acompañan con tambores y calabazas que, como es natural, no tienen más objeto que el de marcar el compás.

La industria está representada por cerrajeros que forjan especialmente puntas de flecha y de azagaya, ebanistas que confeccionan bastones de ébano, joyeros que labran sortijas y otros objetos de plata y oro, grabadores que ejecutan bonitas labores en calabazas y tejedores que en rudimentarios telares fabrican tiras de elegantes dibujos y brillantes colores. Hay además un taller de lavado y planchado que corre á cargo de tres aschantis del sexo feo, los cuales desempeñan su cometido con la misma perfección que nuestras más hábiles lavanderas y planchadoras.

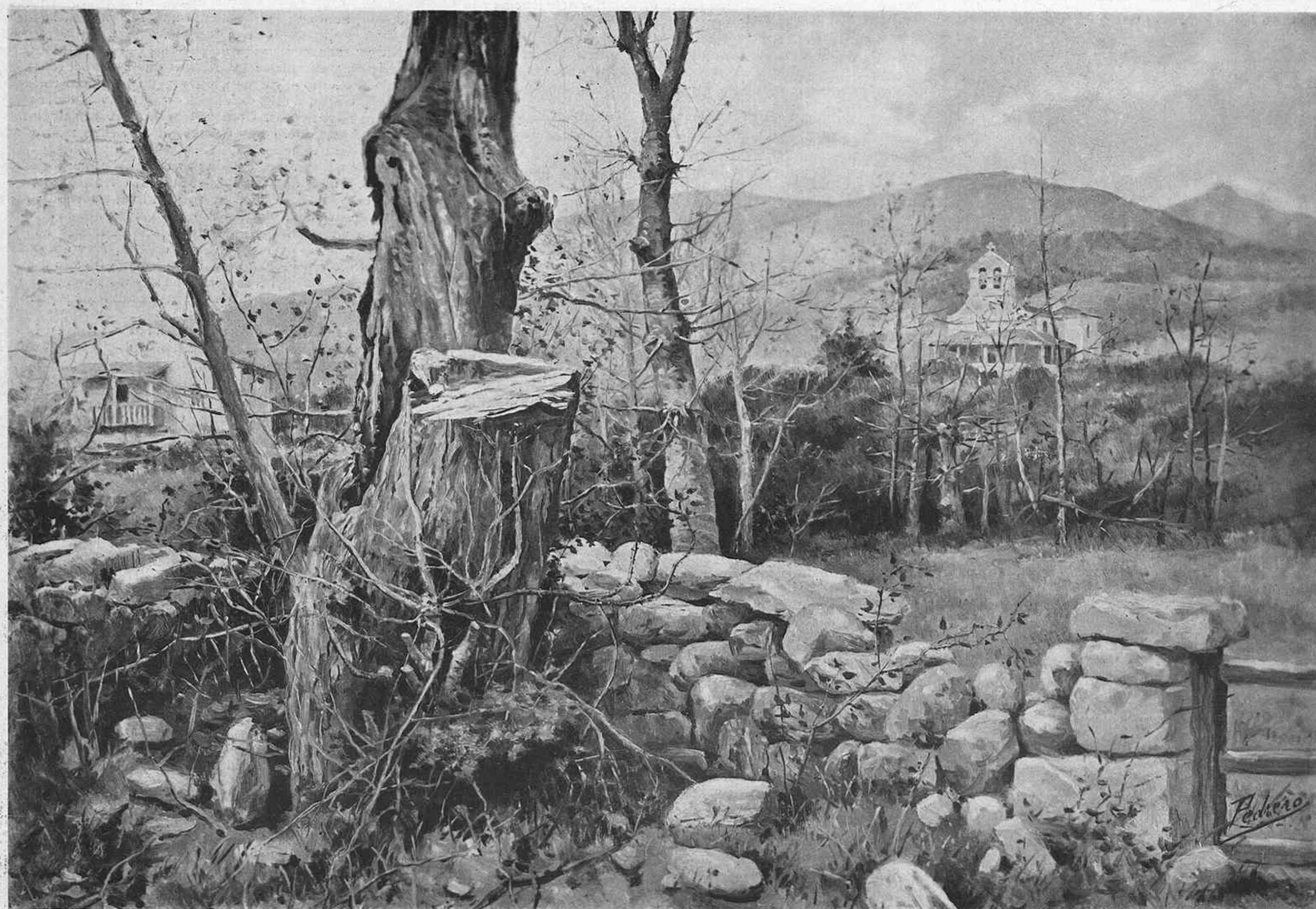
Hombres, mujeres y niños envuelven sus cuerpos en holgados mantos que caen formando artísticos pliegues, dejando al descubierto los brazos y parte de las piernas y del pecho, pero el traje femenino no tiene todo el carácter que debiera tener y que tuvo en los primeros días de la exhibición, gracias á unas blusas de tela, confección y forma europeas, tan poco graciosas



LA DANZA DE LOS ASCHANTIS (de fotografía de Xatart)



Una fragua de gitanos en Granada, dibujo original de Isidoro Marín



Paisaje montañoso, dibujo original de Mariano Pedrero



El camino de la aldea, cuadro de A. Vilar (Exposición Robira)



Amiguitos, cuadro de A. Mas y Fontdevila (Exposición Robira)



EL JEFE DE LA TRIBU ASCHANTI Y SU FAMILIA (de fotografía de Xatart)

como fuera de lugar con que ahora cubren sus bustos. Lo propio puede decirse del traje de los niños, á cuyos preciosos cuerpitos tan bien sentaría una honesta desnudez. Los peinados de las mujeres son tan variados como caprichosos: las aschantis aparecen con el pelo recogido unas veces en forma de bola artísticamente redondeada, otras formando una especie de cuerno, otras partido en multitud de rayas y atado en trencitas ó nudos.

Al frente de la tribu está el jefe, á quien todos quieren y respetan, que alterna con sus súbditos, les trata afablemente y no se desdén de trabajar con ellos: ostenta como distintivo un casquete de terciopelo encarnado bordado en oro, que en algunos ratos sustituye por una especie de solideo de finísima paja, y así él como su familia, compuesta de su esposa, de la princesa y de varios hijos, visten mejores ropas que los demás de la tribu y se adornan, ellas especialmente, con algunas valiosas joyas de oro. Entre éstas sobresalen varias peinetas que la esposa del cacique se coloca de modo que juntas forman una especie de corona.

Tal es, descrita á grandes rasgos, la tribu aschanti que actualmente se encuentra en nuestra ciudad, adonde la ha traído M. Gravier, especialista, por decirlo así, en esta clase de exhibiciones, á quien los individuos de aquella profesan tanto cariño como respeto, y á quien los barceloneses debemos estar reconocidos por habernos ofrecido un espectáculo en extremo interesante y para nosotros completamente nuevo.

Dicha tribu procede del África occidental, su país forma parte del inmenso territorio de la Guinea, denominado Costa de Oro ó de los Esclavos, y constituye desde 1896 una posesión británica, unida á la colonia de Accra.

Las interesantes fotografías que publicamos han sido sacadas por el reputado fotógrafo de esta ciudad Sr. Xatart: innecesario creemos elogiarlas, porque á simple vista comprenderán nuestros lectores no sólo su perfección material sino que también el acierto y buen gusto que ha demostrado el artista en la elección y disposición de tipos y escenas para dar una idea completa de las condiciones físicas, de los usos y costumbres de los aschantis. — X.

NUESTROS GRABADOS

Florista valenciana, cuadro de Joaquín Agrassot (Exposición Robira). — Si Joaquín Agrassot no fuera ventajosamente conocido en el mundo del arte, el precioso cuadro que reproducimos bastaría para que se le reputara como inteligente artista: tales son las cualidades que se observan en la linda florista, transportada al lienzo de los encantadores verjeles de la ciudad del Turia. Artista de corazón y amante de su patria, ofrece al arte y al país que le vió nacer las mejores galas de su ingenio y de su rara habilidad y maestría. Nadie como él ha logrado dar cuerpo y forma á sus brillantes cuadros de costumbres valencianas, á esos tipos admirables que revelan, entre

la delicadeza de su espíritu, la arrogancia de los moriscos y esa espléndida y exuberante vegetación que convierte en continuo jardín la tierra valenciana, cual si la naturaleza se hubiera empeñado en embellecerse con los brillantes tonos de su luz y de su vegetación y con el encanto de sus mujeres.

El tipo que ha interpretado Agrassot es sin duda uno de tantos que abundan en aquella privilegiada región, y aunque real, descúbrese la experta mano del pintor, el esfuerzo del artista, que por medio de la delicada combinación de tonos y la elegancia del dibujo, avalora hasta lo que por sí reúne condiciones de belleza.

Retrato del rey D. Alfonso XII, obra de Román Navarro. — Con justicia llamó la atención del público y de la crítica madrileña este retrato, que figuró en la última exposición de Bellas Artes celebrada en la corte. La obra del justamente reputado pintor de costumbres militares Sr. Navarro es notable por muchos conceptos: el retrato nos presenta á D. Alfonso XII en los últimos tiempos de su vida, cuando estaba ya minado por la terrible enfermedad que le llevó al sepulcro, y el artista ha sabido armonizar admirablemente en su rostro y en su actitud los primeros estragos que el mal causó en aquella naturaleza, con la energía y fuerza de ánimo de que hasta los postreros instantes dió pruebas el malogrado monarca. El caballo constituye un hermoso estudio del noble animal, digno de figurar al lado de los mejores que su autor ha producido y algunos de los cuales hemos publicado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. El bellísimo paisaje que le sirve de fondo completa el efecto de este cuadro, por cuya ejecución merece ser calurosamente felicitado el Sr. Navarro.

Guerra de Filipinas. — La segunda línea de trincheras que defendían el puente del Zapote consistía, lo propio que las que flanqueaban el camino y de las cuales nos ocupamos en el número anterior, en trincheras abiertas y aisladas que se adaptaban á los accidentes del terreno, como puede verse en el primero de los grabados que publicamos en la página 517. Detrás de un parapeto de cañas había un foso capaz de contener seis, ocho, diez ó más hombres, escondidos en el cual los rebeldes desafiaban los proyectiles de nuestra artillería, de los que sólo podían causarles daño, y eso no siempre, las granadas con espoleta de tiempo. En el segundo término del grabado se ve una trinchera construída únicamente de tierra, que á distancia se confundía con el terreno destinado á sementeras, que en la época del calor se agrieta apareciendo como formada por trozos casi regulares y sobrepuestos.

El segundo grabado de la citada página representa el sitio llamado Bancal en el camino de Dasmariñas, sitio en donde estaban fuertemente atrincherados los insurrectos. En Imus, en cuyo término radica el Bancal, y que pertenece en toda su jurisdicción á los padres Recoletos, hay un sistema de riegos tan perfecto, que aquella vastísima extensión de tierra resulta ser una de las haciendas más productoras del archipiélago.

Una fragua de gitanos, dibujo original de Isidoro Marín. — A semejanza de las obras de sus paisanos, distingúense los dibujos y cuadros de Isidoro Marín por su carácter marcadamente andaluz, ya que los asuntos que desarrolla son exacta reproducción de tipos y costumbres meridionales, rebosando en ellos la luz, gracia y brillantez de colorido que distingue á aquel privilegiado país, en donde el cielo y la tierra sonríen, puesto que como sonrisas deben considerarse las espléndidas galas de la naturaleza.

El dibujo que reproducimos es uno de tantos recuerdos de la legendaria ciudad morisca, que de modo tan simpático y agradable va dando á conocer el distinguido artista granadino, quien en esta producción, como observarán nuestros lectores, ha copiado con notable fidelidad uno de los cuadros que más interés despiertan al que por primera vez visita las afueras de Granada, en donde vive un pueblo aparte, original y digno siempre de estudio: los gitanos.

Paisaje montaños, dibujo original de Mariano Pedrero. — Cuando el duro cierzo sustituye en las comarcas del Norte de la península, en la estación otoñal, á las tibias brisas del estío, pierde la vegetación sus encantos y la región montañesa trueca sus espléndidas galas en téticos y fríos atavíos. Las hermosas y verdes frondas despójense de sus bellos matices, y las hojas, muertas primero y secas después, despréndense de los árboles, alfombrando prados y bosques. Sólo quedan los añosos y escuetos troncos faltos de vida, en espera de la estación primaveral, en que al retoñar la savia produzca nueva lozanía. Tal es el período que el distinguido artista Sr. Pedrero ha tratado de representar en el notable dibujo que figura en estas páginas, trasunto exacto de un hermoso paisaje de la provincia de Santander y digna pareja del titulado *Un vado*, que recientemente dimos á conocer á nuestros lectores.

El camino de la aldea, cuadro de A. Vilar (Exposición Robira). — El momento en que después de fatigosa jornada emprenden las dos campesinas el regreso al hogar, cargadas con su correspondiente haz de leña, ha sido el escogido por el discreto pintor Sr. Vilar para ejecutar la bonita composición que figura en estas páginas. El fangoso camino que recorren, cauce de seca riera, los álamos que la bordean y la hora han sido interpretados con suma habilidad, resultando un conjunto agradable y simpático que atrae y embelesa.

Bien merece el Sr. Vilar un aplauso, y no se lo escaseamos, convencidos de sus merecimientos, en la confianza de que ha de procurarnos nueva ocasión en que podamos ocuparnos de otras y más importantes producciones.

Amiguitos, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila (Exposición Robira). — Si el laureado pintor Sr. Mas y Fontdevila no hubiese dado repetidas y frecuentes pruebas de su maestría, sería el lienzo que reproducimos testimonio de sus aptitudes y cualidades. Mas como, por fortuna, el nombre de tan distinguido artista lleva consigo un elevado concepto, no precisa que llamemos la atención de nuestros lectores respecto de sus méritos, puesto que éstos los pregonan, á la vez que sus obras los triunfos alcanzados en las exposiciones y concursos.

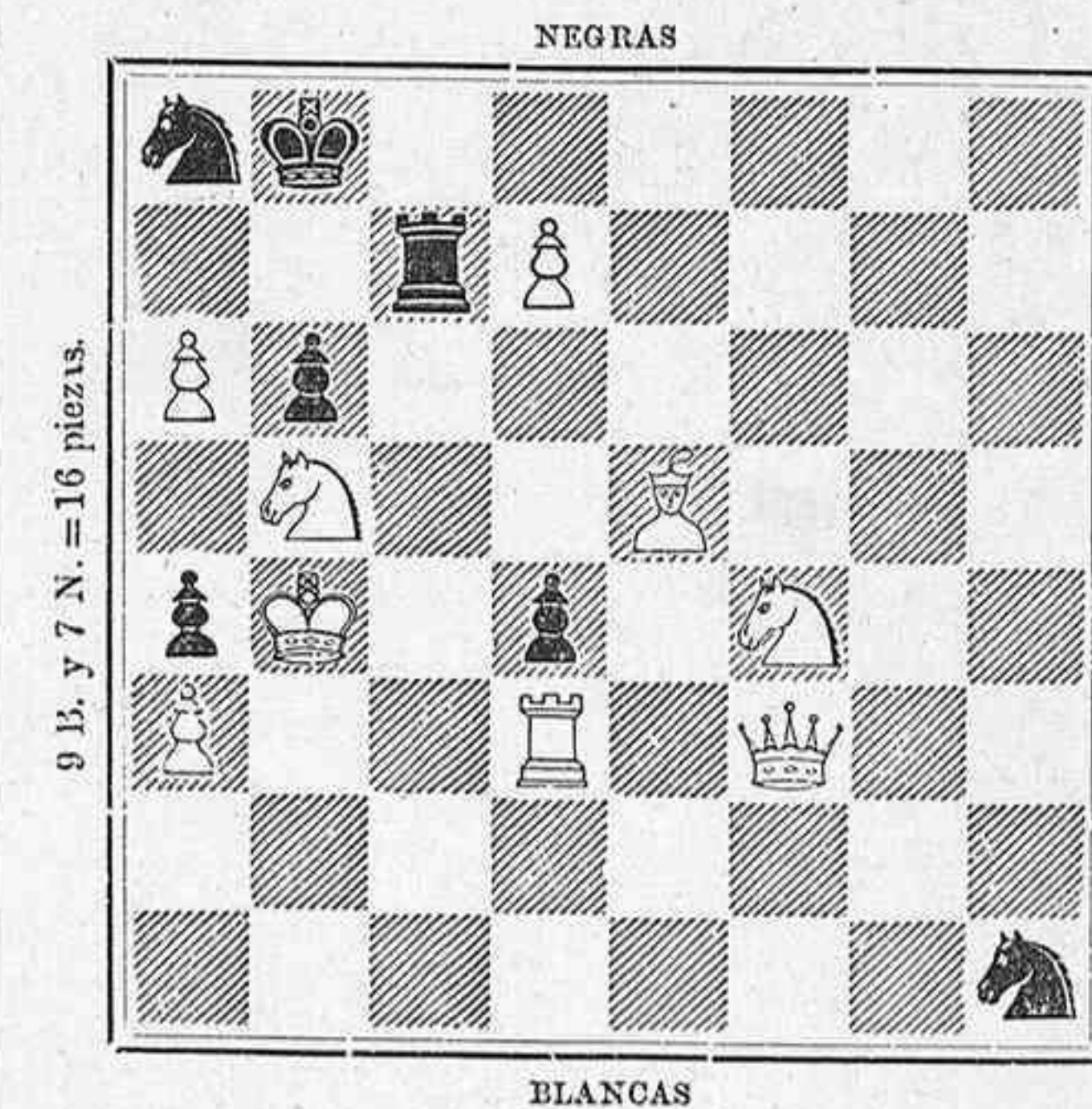
El lienzo cuya copia figura en este número ha de estimarse como una brillante manifestación, conforme lo demuestra la frescura de sus tintas, á la vez que un feliz resultado del consorcio que persigue el autor en todas sus obras entre la belleza y la realidad. El cuadro cautiva, especialmente por las figuras de los dos niños, que lo avaloran, haciéndolo más simpático y agradable.

Preparativos de pesca, cuadro de Dionisio Baixeras (Exposición Robira). — Con igual acierto cultiva Baixeras diversos géneros, habiendo logrado singularizarse en todos ellos, especialmente en los que se desarrollan asuntos ruralistas de las altas comarcas catalanas, ó en aquellos que tienen por objeto dar á conocer cuadros, escenas y tipos del litoral. A esta última clase de producciones corresponde el lienzo titulado *Preparativos de pesca*, verdadero trasunto del natural, en el que el artista ha podido asimilar de modo admirable cuanto sujeto á su observación recuerda la acción, la vida y el modo de ser de los pescadores de nuestras costas, siempre dignos de estudio y de atención.

Dionisio Baixeras es uno de los artistas que más cumplidamente ha logrado en el extranjero mantener, por medio de sus producciones, el buen nombre y las gloriosas tradiciones del arte patrio.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 81, POR PEDRO RIERA

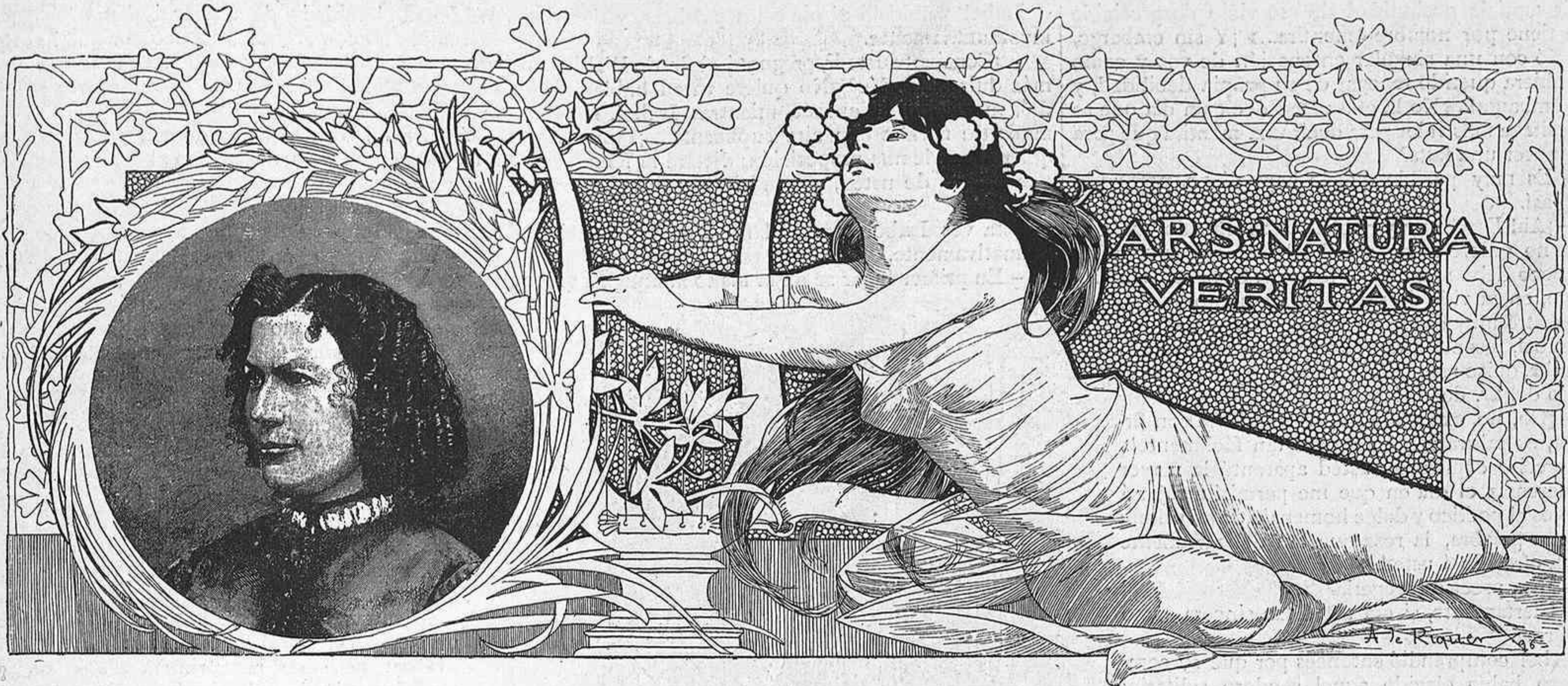


Las blancas juegan y se hacen dar mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 80, POR V. MARÍN

Blancas.
1. T4AR
2. D mate.

Negras.
1. Cualquiera.



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE LA NOTABLE ESCRITORA ALEMANA EUGENIA MARLITT

(CONTINUACIÓN)

Una señorita de Gnadewitz, la propia hermana del señor que fué ajusticiado, quiso fundar aquel claustro, y se instaló en él con doce jóvenes á fin de rogar por el alma del que murió en el suplicio. Ricamente dotado, el monasterio prosperó durante largo tiempo. Después vino la Reforma; atravesó hasta aquel bosque solitario y remoto, y su soplo derribó una parte del edificio; los cerrojos y las puertas cayeron, y las religiosas debieron dispersarse. Después el tiempo consumió su obra, aplicando su inexorable mano en los muros seculares y destruyéndolos insensiblemente. El tejado se hundió; los árboles se habían estrechado, echando sus raíces hasta en el santuario, y todo lo que los humanos habían edificado hallábase reducido á un polvo tan impalpable como el de las religiosas que reposaban bajo sus piedras.

Todo... es demasiado decir: aún se elevaba sólidamente sobre su base una torre cuadrada desprovista de todo adorno; el nombre mismo del convento se había borrado de la memoria popular, y tan sólo se recordaba que el convento había sido habitado por monjas, por lo cual se daba á los restos del mismo el nombre de Torre de las Religiosas. El tejado, plano, estaba circuido de una barandilla de piedra, y se llegaba á él por una escalera construída en el interior de la torre, que desembocaba en una plataforma cuadrada bastante reducida. La vista de que desde la plataforma se disfrutaba era magnífica, prolongándose á lo lejos hasta la ciudad de L..., y la vieja torre debía seguramente á esta particularidad los cuidados que le permitieron sobrevivir al edificio de que formaba parte.

Aquel día en la antigua torre se habían hecho preparativos para adornarla: en sus cuatro ángulos destacábanse á guisa de penachos cuatro pinos jóvenes, y la balastrada estaba guarnecida de una infinidad de banderolas, oriflomas y banderas que se agitaban alegremente, elevándose como otras tantas alas sobre las copas de los árboles. Desde el vetusto edificio, que existía hacia tantos siglos en una soledad salvaje, sin tener ningún punto de contacto con los árboles más próximos, se habían tendido, para enlazarlos con sus ramas, una infinidad de guirnaldas de flores y de follaje. Muy cerca de la torre, una tienda de campaña contenía considerable número de barriles pequeños y de botellas. Una linda joven, vistiendo traje de cantinera, estaba en el interior de la tienda dispuesta á servir á los convidados.

Isabel había salido del salón cogida del brazo del Sr. de Walde, silenciosamente y sin tener fuerza para contradecirle y demostrarle que hubiera deseado ser dispensada de asistir á la fiesta; su caballero se había expresado imperiosamente, y la joven pensó que la obediencia era más fácil que la oposición. Por otra parte, reflexionó que, bien mirado, el Sr. de Walde había intervenido por generosidad en aquella circunstancia tan delicada para su amor propio, y toda reclamación ó todo disgusto expresado por ella habría

revestido fácilmente un carácter de ingratitud que no podía manifestar hacia él.

Detrás de Isabel bajaban todos los convidados; los vestidos de seda de las damas rozaban la barandilla de la escalera, y las carcajadas resonaban bajo la bóveda del vestíbulo. Así siguieron al Sr. de Walde hasta la puerta principal del castillo, formando un largo cortejo que se desarrollaba detrás del dueño de la casa; pero cuando todos hubieron salido fuera, cada cual se echó á andar á su antojo por los diferentes senderos que conducían á través del bosque hasta la Torre de las Religiosas. Muchas damas, cuidadosas de resguardar su traje, eligieron el camino principal; en cuanto al Sr. de Walde, sin duda no sospechó que su joven compañera hubiera de guardar tantas precauciones para su vestido de muselina blanca, planchado por ella, pues de lo contrario no habría elegido el angosto y solitario sendero por donde penetró resueltamente.

— Este sendero suele estar muy húmedo, dijo Isabel, aventurándose á expresar una censura indirecta respecto á la vía que su compañero había elegido, y aparentemente mucho más dispuesta á retroceder que á seguir adelante.

Tal vez no pensaba en su vestido, que se haría jirones, quedando éstos pendientes en los espinos de la orilla del sendero; ni tampoco en su calzado, nada propio, por lo fino, para pisar un suelo húmedo; pero contemplaba pensativa aquel camino solitario que debía recorrer del brazo de su acompañante, esperando oír al Sr. de Walde interpelearla con la impaciencia y el tono imperativo que había notado varias veces ya, entre otras cuando se halló sola con él.

— Hace largo tiempo que no ha llovido, contestó tranquilamente el Sr. de Walde; vea usted las grietas del terreno.

Y siguió adelante, desviando una rama que había rozado á Isabel.

— Tomando este sendero, añadió, acortamos el trayecto y tendremos la ventaja de llegar un poco antes al edificio donde mi familia ha querido celebrar el trigésimo sexto aniversario de mi nacimiento. ¿Teme usted quizás encontrar á Linke en este angosto sendero?

Un temblor estremeció á la joven, haciéndole recordar el suicidio del asesino; mas no pudo resolverse á comunicar esta noticia al Sr. de Walde.

— Ya no le temo, contestó con gravedad.

— Seguramente ha abandonado esta comarca, y aunque así no fuera, debemos esperar que no será tan descortés que venga á perturbar las pacíficas y honradas diversiones de tantas personas reunidas para celebrar una fiesta y también para divertirse un poco. A propósito..., no debe haber pasado del todo inadvertido para usted que cada una de las personas que forman esa numerosa reunión ha tenido á bien dirigirme hoy una palabra de atención particular. Hasta la más joven é insignificante de las personitas

que charlan allá en el camino se ha creído obligada á saludarme, pronunciando algunas palabras que, según he podido juzgar, parecían una especie de cumplido... ¿Le parece á usted que soy demasiado viejo para desearme á su vez algunos años de existencia?

— Creo que ese deseo se puede manifestar lo mismo á la juventud que á la edad madura, y hasta la vejez, pues ninguna de estas edades tiene el monopolio de la longevidad.

— ¡Pues bien! ¿Por qué no ha hecho usted como todo el mundo?... ¿Por qué no ha querido acercarse á mí? Ayer me salvaba usted la vida, y hoy se muestra tan indiferente, que ni siquiera se toma la molestia de articular una frivolidad, de decirme, como todos los demás convidados: «¡Que Dios proteja á usted en lo futuro!»

— Usted mismo ha dicho como todos los demás convidados... Yo no formaba parte de los mismos, y de consiguiente, no podía colocarme entre aquellos que le daban sus felicitaciones.

Isabel enmudeció al punto, reconociendo por ciertos síntomas que la impaciencia se apoderaba de su compañero; el brazo en que apoyaba la mano se había estremecido...

— Sin embargo, estaba usted invitada, dijo el señor de Walde.

— Para divertir á los convidados.

— ¿Era esa modesta opinión la única causa á que se debió que rehusase hace poco mi compañía?

— Sí; mi determinación no concernía de ningún modo al compañero que la casualidad me había destinado.

— Con gran sentimiento mío, no puedo aceptar esa explicación tal como me la da... Usted debió observar desde luego que todos los hombres de la reunión

— excepto yo — habían ofrecido ya su brazo á la dama que debían acompañar. También sabía usted que mi hermana se había reservado desde luego el brazo de Hollfeld, porque sabe mejor que ningún otro sostener su marcha vacilante... ¿Qué tiene usted que contestar á esto?

— Nada he visto ni sabido. Estaba muy turbada cuando entré en el salón para devolver ese rollo de papel, y también muy resuelta á entregarlo á quien correspondiera, pues ya me habían indicado ayer á qué hora debería retirarme una vez terminado el concierto. Ignoraba que después de éste debía haber una fiesta, y al consentir en tomar ese papel he cometido una indiscreción cuyo recuerdo me atormenta, y que no podré olvidar jamás ni perdonarme.

El Sr. de Walde se detuvo de pronto.

— ¡Míreme usted!, dijo con tono imperioso.

Isabel alzó los ojos, y aunque conoció que se ruborizaba, sostuvo tranquilamente la mirada que se fijó en ella iracunda al principio, pero que fué mitigándose poco á poco.

— No, no, murmuró el Sr. de Walde, con su voz más dulce, hablando consigo mismo, imposible ad-

mitir aquí la posibilidad de ese vicio despreciable que tiene por nombre «mentira...» ¡Y sin embargo, añadió con una singular entonación de voz y como si hubiera querido renegar de su propia debilidad, y sin embargo!.. ¿No la oí á usted decir un día que se necesitaba más valor para decir una mentira que para reconocer una falta?

— Es muy posible que lo haya dicho, porque lo creo así.

— ¡Ah! Eso es muy noble... Pero cuando una persona no quiere mancharse los labios con la mentira, tampoco debe mentir con los ojos. Conozco, sin embargo, en su vida de usted un momento en que se mostró muy diferente de lo que pensaba.

Isabel, resentida del giro que la conversación tomaba, quiso retirar la mano que apoyaba en el brazo del Sr. de Walde.

— ¡Oh, no, exclamó éste, reteniéndola con firmeza, no saldrá usted del paso tan fácilmente!.. Es preciso explicarse; usted aparentó la mayor indiferencia el día en que me permití arrojar á lo lejos el poético y dulce homenaje de mi primo; en una palabra, la rosa que tan delicadamente había ofrecido á usted.

— ¿Era preciso recogerla?

— Ciertamente, si era usted tan sincera como lo afirma.

Isabel comprendió entonces por qué su compañero había elegido aquel sendero solitario: quería que le confesase su pensamiento respecto al Sr. de Hollfeld. ¡No se había engañado! El Sr. de Walde, considerándose jefe de la familia, estaba inquieto por las ilusiones que ella hubiera podido formarse en el plan que tal vez se había trazado... ¡Ella, obscura burguesa, enamorada de la categoría y del nombre de un caballero! Por un rápido movimiento retiró la mano y retrocedió un paso.

— Debo confesar á usted, dijo con el tono más tranquilo que le fué posible, que en esta circunstancia no se ha engañado usted: si mi rostro expresaba indiferencia, no estaba en armonía con mi verdadero sentimiento.

— ¡Ah, ya lo ve usted!, exclamó el Sr. de Walde con un tono que expresaba su triunfo.

— Estaba más bien indignada.

— ¿Contra mí?

— Por lo pronto contra la inconveniente broma del Sr. de Hollfeld.

— Sin duda... la asustó á usted.

— No, me ofendió y me humilló. ¿Por qué se permitía conducirse de tal modo respecto á mí? ¡No puede ignorar que le aborrezco..., que me es odioso!

Isabel había augurado muy acertadamente el efecto que esta declaración tan explícita produciría; pero el efecto sobrepasó en mucho á lo que esperaba. Pareció que el Sr. de Walde se aliviaba de pronto de un peso inaguantable; un sentimiento de felicidad hizo brillar sus ojos, y disipó de repente la expresión sardónica y recelosa de sus facciones. Respiró profundamente, y sin pronunciar palabra volvió á coger la mano de Isabel; púsole de nuevo sobre su brazo, que temblaba, y echaron á andar silenciosos.

De improviso se detuvo otra vez.

— Estamos solos, dijo con acento increíblemente dulce y armonioso... Vea usted, solamente el cielo sobre nosotros, y ningún rostro importuno en torno nuestro; no puedo, ni quiero, perder la felicitación que me *debe* usted en este día... ¡Pronúnciela usted ahora, cuando nadie sino yo puede oír!

Isabel, muy turbada, guardó silencio.

— Vamos... ¿No sabe usted cómo se dice?

— ¡Oh!, sí, contestó la joven, mientras una alegre sonrisa iluminaba sus facciones; es cosa en que estoy muy ejercitada... Mis padres, mi tío, Ernesto...

— Sin duda, interrumpió el Sr. de Walde, riéndose, cada cual de ellos tiene su cumpleaños, por el que usted les da afectuosamente su felicitación; pero usted me permitirá desear que la que á mí me dirija difiera un poco de todas esas. Así debe ser, pues yo no soy ni su padre ni el tío guardabosque, y no quiero tampoco en modo alguno que me equipare con el hermanito con quien juega tan complaciente. Conque felicíteme usted.

Isabel, sin embargo, continuó guardando silencio. ¿Qué podía decir? Hacía ya mucho tiempo que tenía los ojos bajos, no pudiendo sostener la mirada dolorosamente inquieta que espiaba sus impresiones.

— ¡Sigamos adelante!, dijo el Sr. de Walde, otra vez con su tono seco, después de haber esperado algunos segundos á que Isabel se decidiera á hablar. Esa exigencia es insensata por mi parte... ¿No sabía yo, por ventura, que, siempre dispuesta á dirigir una palabra de afectuosa bondad á cuanto existe, siempre está muda ó se mantiene en una rigurosa reserva cuando se trata de mí?

Isabel palideció al oír estas palabras, y detúvose involuntariamente.

— ¿Consiente usted?, preguntó el Sr. de Walde con más dulzura... ¿No? ¿No quiere usted hablar?, añadió, moviendo la cabeza, mientras Isabel, siempre muda, le miraba con aire suplicante... ¡Pues bien!, quiero hacerle una proposición; dictaré la felicitación que espero de usted, y usted la repetirá punto por punto.

Esta vez Isabel sonrió al fin é inclinó la cabeza afirmativamente.

— En primer lugar se da la mano al amigo á quien



— Aquí va mi mano..., dijo al fin Isabel

se felicita, continuó el Sr. de Walde, cogiendo la mano de la joven, y se le dice: «Usted ha sido hasta aquí un pobre hombre errante, desgraciado, y ya es tiempo de que las nubes se desvanezcan y de que un rayo de sol llegue hasta usted para hacerle renacer. Mi más sincero deseo es que este rayo de sol no vuelva á faltarle jamás, y aquí va mi mano, que es la prenda de una felicidad indecible.»

Hasta entonces Isabel había repetido dócilmente la lección que se la enseñaba, pero se detuvo en las últimas palabras, mientras el Sr. de Walde, cogiéndole la otra mano, exclamó:

— ¡Continúe usted, continúe usted!

— Aquí va mi mano..., dijo al fin Isabel.

— ¡Qué feliz casualidad la de encontrar á usted aquí, Sr. de Walde!, exclamó de repente Cornelia de Quittelsdorf desde el otro lado del taller... Así tendré la gloria, llegando con usted, de ser recibida al son de una marcha triunfal, que debe anunciar su aparición.

El cambio que se produjo en el rostro del Sr. de Walde espantó á Isabel: en su frente pálida se marcó de pronto una gruesa vena azul; sus ojos despidieron relámpagos, y sus fosas nasales se dilataron; su pie golpeaba el suelo con cólera, y al mirar á Cornelia, que levantaba su vestido de crespón para atravesar entre los matorrales sin detrimento, parecía muy inclinado á enviarla al otro lado del taller con menos precauciones de las que ella adoptaba para dirigirse hacia él. Esta vez no supo dominar sus impresiones con la calma soberana que todos le conocían, ó tal vez no quería esforzarse para ocultarlas, pues sus cejas se fruncieron al divisar al Sr. de Hollfeld detrás de la joven dama de honor. El Sr. de Walde cogió al punto del brazo á Isabel como si hubiera temido que se la arrebatasen.

— ¡Qué singular acogida nos hace usted!, exclamó la señorita de Quittelsdorf, saltando ligeramente hasta el centro del sendero. ¡Nos mira usted exactamente como si viera en nosotros bandidos que atacasen su vida, ó por lo menos que le pidieran la bolsa!

Sin contestar una palabra á esta interpelación, el Sr. de Walde se volvió hacia su primo.

— ¿Dónde está Elena?, preguntó lacónicamente.

— Ha temido lo largo del trayecto, contestó el Sr. de Hollfeld, y se ha decidido á subir al coche.

— Me parece que no confiarás al anciano conde de

Wildenau el cuidado de ayudar á Elena á bajar del carruaje; y no comprendo tampoco por qué has dejado un camino agradable y fácil para ir por este sendero perdido... Pocos pasos te bastarán para reunirte con Elena... No quiero ser importuno.

Y el Sr. de Walde, sonriendo con ironía, se apartó á un lado como para dejar paso al Sr. de Hollfeld y su compañera.

— ¡Y me atreveré á preguntar á mi vez por qué ha dejado usted mismo el camino agradable y fácil para ir por este sendero perdido?, dijo la señorita de Quittelsdorf, visiblemente resentida.

— ¡Átrévase usted, señorita, átrévase usted. He dejado el camino para evitar habladurías de muchas lenguas femeninas que usted conoce y yo también.

— ¡Hum!.. ¿Y cree usted haber conseguido su objeto? Desengáñese usted, querido amigo, y renuncie á esa ilusión, halagüeña, pero falsa. Las lenguas de que usted habla trabajan tanto más cuanto menos se les da que hacer; y bien mirado, yo creo que no es muy cortés lo que usted acaba de decir, sin contar que, para ser día de su cumpleaños, parece estar muy sombrío y preocupado.

Mientras hablaba así la señorita de Quittelsdorf cogió el brazo de su compañero y le hizo avanzar; pero éste, por primera vez en su vida, parecía inclinado á desobedecer á su primo. Andaba lentamente, mirando á derecha é izquierda, examinando todos los árboles, sus raíces y sus ramas; y trabó conversación con Cornelia, tomando en ella tan vivo interés, que se detuvo de pronto varias veces para hablar más á su gusto.

El Sr. de Walde murmuró algunas palabras, cuyo sentido no pudo comprender Isabel; pero adivinó, por las miradas desdeñosas y hostiles que dirigía á su primo, hasta qué punto estaba irritado contra él. Ya no habló más á la joven, y ésta no se atrevía á levantar los ojos. ¿No hubiera reconocido cuán conmovida estaba por la felicitación que él había reclamado con tanta insistencia? No pudo ver, por lo tanto, que el rostro del Sr. de Walde había perdido la expresión que antes le transfiguró, sustituyéndola de nuevo la sombra melancólica que de ordinario velaba su mirada.

Un ligero toque de trompeta, que revelaba la paciencia de los músicos encargados de acochar la llegada del héroe de la fiesta, indicó que estaba cerca la Torre de las Religiosas; muy pronto se oyó un rumor confuso, pero alegre, y al fin las ruidosas tocadas que saludaban al Sr. de Walde. Isabel retiró suavemente su brazo y perdióse entre las numerosas personas que formaban un vasto círculo alrededor del propietario de Lindhof. Una dama joven, vestida de driada y seguida de otras cuatro en traje de ninfas se adelantó hacia el Sr. de Walde y felicitóle en verso en nombre de las divinidades del bosque, que se consideraban felices al festejarle.

— Vamos, dijo la anciana dama de honor al conde de Wildenau, sentado junto á ella en un sillón que dominaba toda la escena; vamos, Walde ha sabido por lo menos separarse oportunamente de la Dulcinea que se le había impuesto. De fijo que jamás perdonará esta aventura á la baronesa ni á nuestra extravagante señorita Quittelsdorf, y no olvidará tampoco que su imprudencia le ha obligado á servir de caballero á esa personita. Hija mía, añadió, inclinándose hacia Elena, sentada á su derecha y que examinaba la reunión con mirada inquieta, puesto que su señor hermano se ha librado al fin de su carga, es preciso llamarle, tenerle cerca de usted y hacer todo lo posible para que olvide el penoso prefacio de la fiesta.

Elena inclinó la cabeza en señal de afirmación, mas apenas había escuchado y muy imperfectamente comprendido la proposición de la anciana señora; apoyábase melancólica en el respaldo del sillón destinado para ella, y sus mejillas estaban más pálidas que las rosas blancas del ramo prendido en su corsé.

Isabel había conseguido reunirse con el doctor Fels y su esposa, que la cogió al punto del brazo para estar segura de no separarse de ella entre la multitud.

— Quédesse usted hasta el momento en que comiencen á bailar, contestó la señora Fels cuando Isabel le manifestó su deseo de retirarse de la reunión para volver á casa de sus padres. Comprendo muy bien que no se divierta usted aquí mucho; y en cuanto á nosotros, no tardaremos en retirarnos, pues confieso que no dejo de pensar en mis hijos, de los que estoy alejada por primera vez en su vida; pero ha sido necesario venir aquí, ó por lo menos mi esposo lo ha juzgado indispensable, á causa del Sr. de Walde. En su nombre también la invité á no alejarse sin su con-

sentimiento; él no baila, y seguramente le devolverá su libertad apenas se comience á organizar el primer vals.

El grupo de hombres se separó en el momento en que la orquesta, colocada en lo alto de la torre, comenzó á tocar una marcha solemne. Cada cual eligió su puesto á la sombra, y entretanto las damas se dirigían á los aparadores para proveerse de los refrescos apetecidos por sus compañeros. No se habrá olvidado tal vez que, según los estatutos promulgados por la señorita de Quittelsdorf, cada señora debía cuidarse principal y únicamente del caballero que le había tocado en suerte.

El Sr. de Walde se paseaba, hablando con el presidente del Tribunal, y pasó así cerca del grupo en que imperaba la anciana dama de honor.

— ¡Querido Walde!, exclamó ésta al verle, venga usted aquí, cerca de nosotros, pues le reservo el mejor sitio que pueda apetecer; venga usted á descansar sobre los laureles bien merecidos que le han prodigado hoy. Ciertamente que las damas están sujetas ahora por los deberes que deben llenar respecto á sus caballeros; pero ya encontraremos alguna ninfa que se apresurará á ofrecerle un helado ó una copa de vino de Champaña.

— La previsora bondad de usted me conmueve profundamente, señora, contestó el Sr. de Walde; mas no puedo suponer que la señorita Ferber, encargada del deber de velar por mí, sea tan poco complaciente que me abandone á la caridad pública.

Hablaba en voz alta, y volviéndose hacia Isabel, que estaba á pocos pasos. La joven, que había oído cada una de sus palabras, se puso en movimiento, cruzó valerosamente entre la multitud, y fué á colocarse á su lado como para probar que estaba resuelta á no sacrificar ningún deber. Su rostro expresaba una especie de alegre temor, y sus ojos encontraron la mirada conmovida que el Sr. de Walde fijaba en ella, sonriendo. Parecía haber olvidado completamente el sitio que la dama de honor le tenía reservado, puesto que después de inclinarse ante ella y las damas que la rodeaban, ofreció su brazo á Isabel y la condujo hasta una encina, al sitio mismo donde el doctor Fels acababa de instalarse con su esposa.

— ¡Eso es ya demasiado!, exclamó la anciana baronesa de Falkenberg. Su espíritu de venganza le impulsa á traspasar todos los límites, añadió, dirigiéndose al conde de Wildenau y á las cinco driadas que la rodeaban..., quiere burlarse de todo el mundo y ridiculizar la fiesta, dispensando á esa joven una atención tan marcada. No tardaré en enojarme contra él... Nadie mejor que yo reconoce que en el fondo tiene motivo para estar furioso por la ocurrencia estúpida que le ha expuesto á tal percance; pero me parece que no debía dejarse llevar de su resentimiento, y que bien pudiera guardar algunas consideraciones á las personas que no son responsables de la contrariedad que le ha sido impuesta. No, no debía extremar tanto las cosas, y le diré cuál es mi modo de pensar sobre este punto... ¡Apuesto á que por fin de cuentas esa pequeña tonta se figura ser la heroína de la fiesta; que no echa de ver en modo alguno que Walde se burla de ella de una manera ultrajante, y que cree buenamente que todo eso lo hace por sus lindos ojos!

Las miradas de las amables driadas se fijaron con expresión hostil en Isabel, que había ido en busca de la cantinera y atravesaba entre la gente llevando una bandeja en la cual se veían algunos helados, copas y una botella de vino de Champaña. Soportó tranquilamente el fuego cruzado de las miradas de curiosidad ó de censura de que era blanco, y puso los refrescos sobre la mesa junto á la cual estaban sentados el Sr. de Walde, el doctor y su esposa.

— Todas las damas reunidas aquí, dijo la señora Fels, tienen verdaderos parterres de flores en la cabeza; la señorita Ferber no se ha puesto ni siquiera una rosa en su cabello, y no parece sino que es la Cenicienta del cuento. No puedo tolerarlo más tiempo.

Y desprendiendo dos magníficas rosas de su ramo, la señora Fels quiso fijarlas en el cabello de Isabel.

— ¡Espere usted!, dijo tranquilamente el Sr. de Walde, reteniendo su mano, la flor de azahar sentaría mejor en ese cabello.

— Solamente la llevan las desposadas, dijo el doctor, sumamente sorprendido.

— Sin duda, repuso el Sr. de Walde, llenando su copa de vino de Champaña.

Y volviéndose hacia el doctor, añadió: — ¡Vamos, brinde usted conmigo, querido doctor! ¡Yo brindo por la felicidad de mi libertadora, Isabel, la de los cabellos de oro, de Gnadeck!

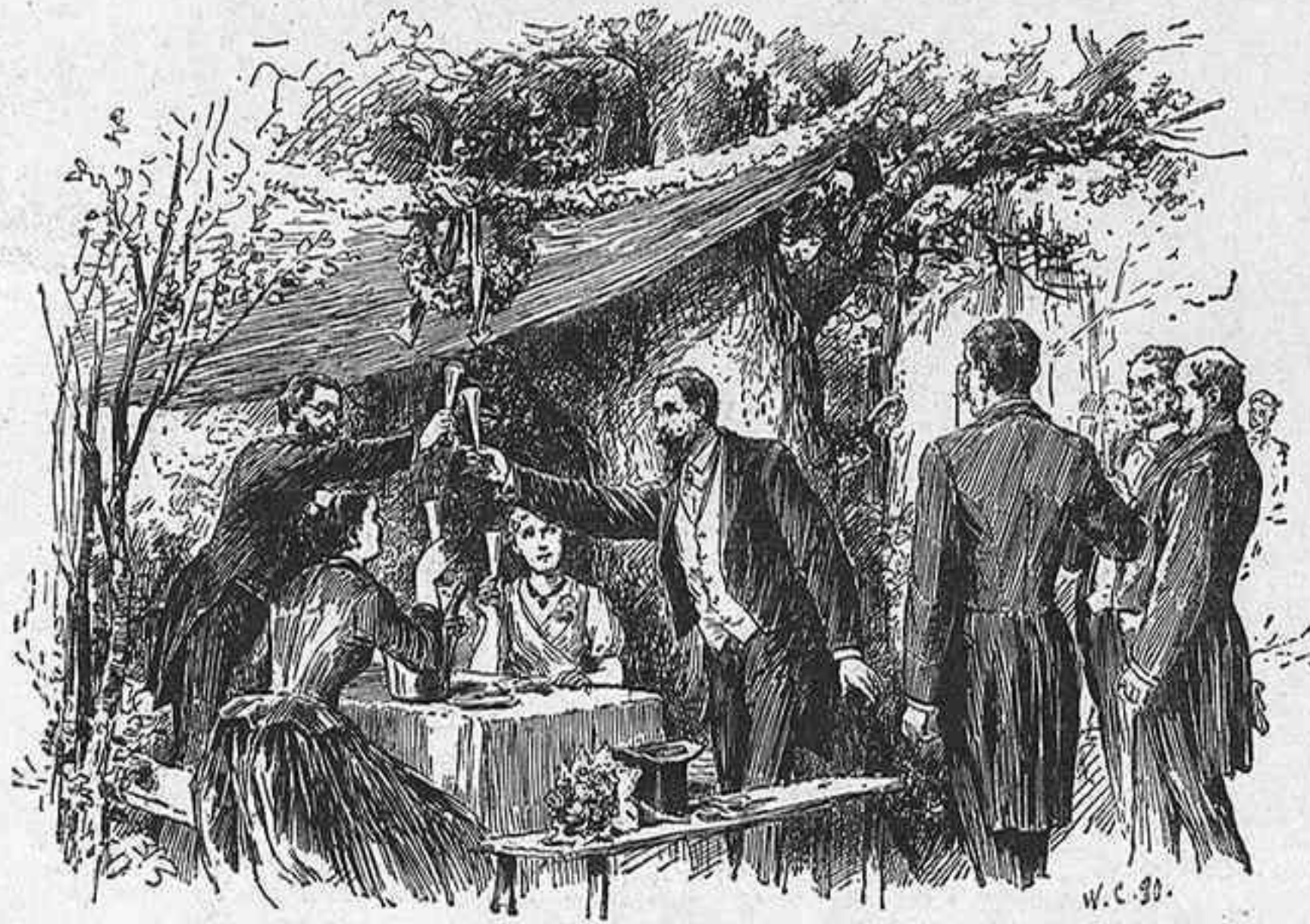
El doctor se estremeció, levantándose vivamente,

y á esta señal todos los hombres se acercaron con la copa en la mano.

— ¡Bien, señores, me alegro de que se acerquen!, exclamó el Sr. de Walde. Y puesto que están aquí, brinden conmigo por la realización de mi más ardiente deseo!

Un hurra estrepitoso despertó los ecos del bosque, mientras que las copas se entrechocaban alegremente.

— ¡Escandaloso!..., exclamó la baronesa de Falkenberg, dejando caer sobre su plato el teñedor de que hacía uso para probar un poco de salmón ahumado, cuya excelencia había reconocido... Todo se hace ahí abajo como en una taberna de estudiantes... Estoy verdaderamente consternada... ¡Qué incesante clamoreo! ¡Y á nuestra presencia, sin respeto ni consideración á nosotras!... A decir verdad, el populacho de L... tiene más gracia cuando aclama á su soberano... A



¡Yo brindo por la felicidad de mi libertadora, Isabel, la de los cabellos de oro!

propósito, querida niña, añadió, volviéndose hacia Elena, observo con extremada sorpresa que su hermano parece tratar de igual á igual á ese doctor Fels...

— Aprecia en alto grado su carácter y su ciencia, contestó Elena.

— Todo esto está muy bien; pero no es una razón para familiarizarse con sus inferiores; y además hay una cosa que su señor hermano ignora sin duda... Es que ese doctor tiene muy mala nota en la corte; se ha querido nombrarle médico de nuestra princesa Catalina, y ha rehusado de la manera más inconveniente, diciendo que, como la princesa disfruta de una salud excelente, no necesitaba médico, y que á pesar de ser dicha plaza una prebenda, le impediría cuidar de sus verdaderos enfermos... En fin, ¡qué sé yo! Una infinidad de razones subversivas...

— Todo esto lo sabe mi hermano. — ¡Cómo! ¿Conoce esos detalles y tiene tan poco en cuenta la opinión de nuestra corte, que siempre le ha dado tantas pruebas de consideración? ¡Esto es increíble..., esto es incomprensible para mí! ¡Aseguro á usted, hija mía, que no me atreveré ya á levantar los ojos en presencia de Sus Altezas, por lo mucho que me contristaré y humillará el remordimiento de haber estado en contacto, aunque sea indirecto, con ese hombre vulgar!

Elena, encogiéndose ligeramente de hombros, presentó á la dama una copa de Champaña á fin de cambiar la conversación, ó cuando menos para obtener una corta tregua. En aquel momento experimentaba ese padecimiento profundo que se sufre algunas veces cuando es preciso escuchar, con la sonrisa en los labios, palabras frívolas que contrastan tan penosamente con los tormentos que se ocultan en el fondo del corazón. La baronesa, para quien una mirada benévola de su soberano valía más que todas las felicidades de la tierra, y que no fijaba nunca la menor atención en cuanto no se relacionaba estrechamente con sus intrigas de corte, con sus pretensiones y sus ambiciones microscópicas, era la única que no podía comprender el sufrimiento soportado por la señorita de Walde y que se revelaba en su rostro con harta elocuencia.

No solamente se había descuidado el Sr. de Hollfeld lo bastante para no estar junto á Elena en el momento de apearse ésta penosamente del carruaje, sino que ni siquiera le había dirigido la palabra, y al fin fué á sentarse junto á ella distraído y con expresión de mal humor. Sus facciones, examinadas de cerca, expresaban el trastorno mental, y la señorita de Walde, con la humildad propia de las almas verdaderamente afectuosas, atormentaba su ánimo y su corazón para descubrir la causa de aquella extraña conducta. En un principio, su mirada siguió con sordo enojo á la vivaracha Cornelia, que andaba de gru-

po en grupo, dejando oír á cada momento sus ruidosas carcajadas; pero muy pronto quedó tranquila por este lado, pues la mirada del Sr. de Hollfeld no se dirigió ni una sola vez hacia la joven dama de honor. Sus preguntas no obtuvieron ninguna contestación satisfactoria; mandó que la trajesen los más variados refrescos, y los puso ella misma delante de Hollfeld, pero éste no los tocó siquiera, y tan sólo quiso tomar algunas copas de un vino muy rancio que él mismo indicó á la joven cantinera. Al fin Elena adoptó el partido de guardar un silencio absoluto y cerró á medias los ojos... Nadie vió dos lágrimas suspendidas de sus pestañas.

Después del brindis que se había pronunciado y acogido tanto más ruidosamente cuanto que la iniciativa había partido del héroe de la fiesta, de ordinario tan frío y reservado, pareció que una sombra se extendía sobre aquella reunión, ó por lo menos tal fué la impresión de Isabel al ver al viejo Lorenzo deslizarse de árbol en árbol, tratando de llamar la atención de su amo. Al fin lo consiguió; el Sr. de Walde, levantándose vivamente, fué á reunirse con Lorenzo, y alejóse algunos pasos, mientras sus huéspedes volvían á ocupar sus puestos. Poco después volvió, pálido y abatido.

— He recibido una noticia terrible, dijo al doctor con voz ahogada; el Sr. de Harstwig, uno de mis mejores amigos, acaba de ser herido en una cacería, mortalmente según dicen... Tal vez no le queden más de veinticuatro horas de vida, y conociendo su estado me envía á buscar para confiarme los intereses de sus hijos, los cuales encomienda á mi protección; de modo que debo marchar inmediatamente. Dé usted cuenta de este suceso á la baronesa de Lessen, encargándole que cuide de que la fiesta no se interrumpa. Mi hermano y todos nuestros huéspedes deben creer que me han enviado á buscar para un asunto urgente, y que volveré dentro de una hora. Entretanto se organizará el baile y no se notará ya mi ausencia.

El doctor se alejó al punto para cumplir la comisión que el Sr. de Walde le diera para la baronesa; su mujer acababa de dirigirse al buffet, é Isabel quedó por lo tanto sola cerca del Sr. de Walde, que se aproximó á ella vivamente.

— Yo esperaba, dijo, que no nos separaríamos hoy sin que usted hubiese completado al fin la felicitación que yo solicitaba... Héteme aquí otra vez como los peregrinos que no están seguros de alcanzar el objeto que se proponen á través de los obstáculos, de las penas y fatigas de toda especie... Me he de marchar; ésta es la única cosa cierta en el presente instante; mas usted puede aligerar sensiblemente el doloroso deber que voy á cumplir... ¿Recuerda usted las palabras que pronunció poco ha junto á mí?

— Yo no olvido fácilmente. — ¡Muy bien! He aquí por lo menos una frase que anima; conozco un cuento de hadas en el que una palabra, una sola, basta para adquirir tesoros maravillosos... El fin de la felicitación que yo le dictaba tiene la misma virtud, y por lo tanto si usted quiere ayudarme, es preciso decir esas palabras.

— ¿Cómo podré ayudar á usted á conquistar tesoros?



El Sr. de Walde fué á reunirse con Lorenzo, y alejóse algunos pasos...

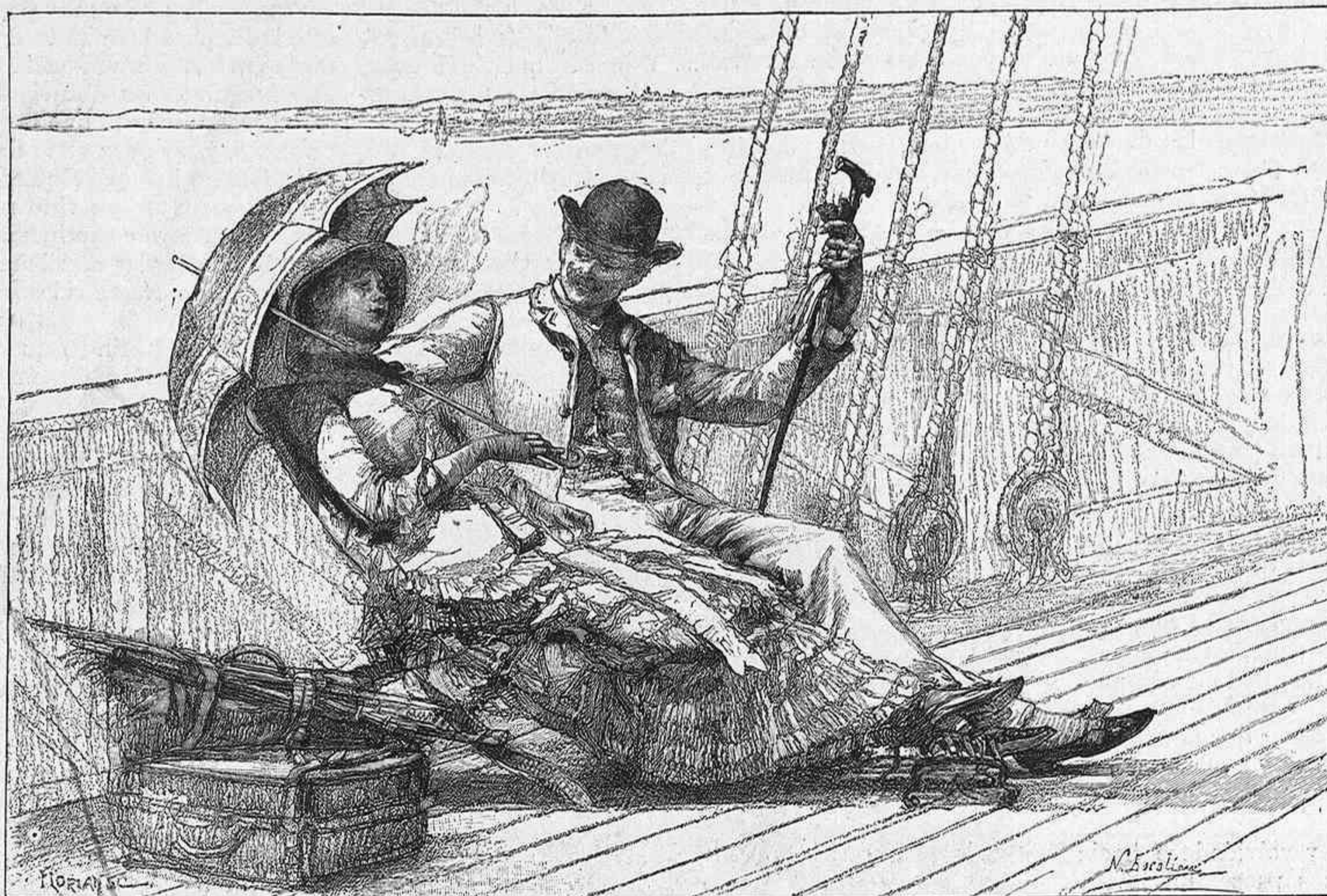
— Eso es asunto mío. Yo le ruego formalmente que no oponga ninguna objeción, pues el tiempo urge. Le pregunto á usted, pues, si durante los días que estaré alejado de Turingia consentirá en conservar en su memoria el principio de la felicitación.

— Sí.

(Continuará)

UN VIAJE DE PLACER
dibujo de N. Escalien

En Alemania, en Suiza, en Inglaterra, en Italia y en otros países, en los viajes veraniegos de placer, entran por mucho las excursiones por los lagos y por los ríos. Preciosos vaporcitos transportan diariamente centenares de viajeros que desde la cubierta extasiarse ante los bellísimos paisajes que á su vista se desarrollan evocando recuerdos históricos ó pintorescos que aquellos lugares despiertan, mientras el barco surca las aguas de los lagos de los Cuatro Cantones, Lomond ó Como, ó del poético y legendario Rhin. El autor del dibujo adjunto, inspirándose en uno de estos viajes de recreo, ha trazado con hábil mano una graciosa pareja á bordo de uno de esos cómodos barcos, tal vez dos recién casados que realizan su excursión de boda, como parecen indicarlo por un lado la escasa atención que prestan á cuanto los rodea y por otro la expresión de alegría y de felicidad que brilla en sus semblantes.



UN VIAJE DE PLACER, dibujo de N. Escalien

EN EL CAFÉ DEL PARQUE DE BARCELONA
apunte del natural por Torres G.

Animado y pintoresco es el aspecto que en las horas del sol durante el invierno y al caer la tarde en

producir con acertados toques y con firmeza de líneas el alegre espectáculo. El calificativo de apunte que el artista ha puesto á su obra indica que ésta es simplemente un boceto, una escena trasladada al papel mientras dura la impresión por la misma producida.



EN EL CAFÉ DEL PARQUE DE BARCELONA, apunte del natural por Torres G.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

EL PROCURADOR YERBABUENA (reverso de una medalla), por el conde de las Navas. - En extremo agradable resulta la lectura de esta novela de costumbres andaluzas, original del conde de las Navas, escritor bien conocido por sus notables trabajos literarios: el argumento interesa desde el primer capítulo, la acción se desarrolla con gran naturalidad y los tipos están perfectamente estudiados y admirablemente reproducidos. Unase á esto un estilo castizo y elegante, esmaltado de toques humorísticos de la mejor ley, y se comprenderá cuánto vale *El procurador Yerbabuena*. La novela, con bonitas ilustraciones de B. Gili y Roig, forma el tomo décimo de la Colección Elzevir Ilustrada que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Juan Gili y se vende á dos pesetas.

EL EJÉRCITO ESPAÑOL. - Se ha puesto á la venta el cuaderno 10 de esta colección que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Luis Tasso: contiene 16 bellísimas autotipias que reproducen escenas interesantes de la vida militar de los cuerpos de Marina de Guerra, Sanidad Militar y Guardia Civil.

REVISTA ILUSTRADA. - El último número de esta revista quincenal que se publica en Santiago de Chile contiene artículos y poesías de Jaime Brull, Gustavo Valledor, M. T. Podestá, G. García Hamilton y A. Daudet, y varios interesantes grabados.

LA AVICULTURA PRÁCTICA. - El último número de esta revista, órgano oficial de la Real Escuela de Avicultura de Arenys de Mar, contiene, entre otros, interesantes trabajos sobre la alimentación de las aves, la influencia de sexos en el acto de la generación, el plumaje de las gallinas y la orientación en las palomas mensajeras. Se suscribe en la Granja *Paraiso*, Arenys de Mar (Barcelona).

ANTI-SEPSIA INTESTINAL. MANERA DE REALIZARLA, por K. Newman. - Varias veces nos hemos ocupado con el elogio que merecen de los escritos científicos del Sr. Newman. El folleto suyo últimamente publicado en Santiago de Chile sobre la antisepsia intestinal, es un trabajo muy notable que fué presentado á la Sociedad Científica de Valparaíso y que ha sido impreso en la imprenta *Barcelona*, de Santiago de Chile.

PANORAMA NACIONAL. - Se ha publicado el cuaderno 27 de esta importante colección que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles: contiene interesantes vistas de Bilbao, Madrid, Pontevedra, Covadonga, Segovia, La Ortava, Burgos, Jerez de la Frontera, San Juan de Puerto Rico, Gijón y Barcelona y una gran vista panorámica de Santiago de Compostela. Véndese á 70 céntimos.

LA REVISTA CONTEMPORÁNEA. - El último número de esta importante revista madrileña inserta notables trabajos de Guillermo Hahn, Antón López, Rodríguez Intilini, Policarpo Mingote, García Castañón, Antonio Frates, Lucas Mallada, Eduardo Rod, Jacinto Benavente y F. Bonhours y un bonito dibujo de A. Cortina.

ODAS DE ANACREONTE, traducidas al gallego por *Florencio Vaamonde*. - El distinguido poeta gallego Sr. Vaamonde, que ha publicado correctamente vertidas al gallego varias odas del gran vate griego, ha demostrado tanto gusto en la elección de las mismas como escrupulosidad en la traducción, reproduciendo fielmente en dulces y armoniosísimos versos los delicados conceptos en que Anacreonte canta el amor, la primavera, la vida apacible, las dulzuras de Baco y el desprecio de las riquezas. El libro ha sido impreso en la Coruña, en la imprenta y librería de Carré.

LA ILUSTRACIÓN YUCATECA. - Los últimos números de este semanario que se publica en Mérida (Yucatán) contienen, además de varios grabados, artículos y poesías de P. Contreras, R. Aldana, C. Baudelaire, N. Tahorda, A. Casañal Shaker, M. Reina, D. Moreno Cantón, J. Alayola, L. Rosado, N. Bollet Peraza, Ruben Dario, E. Roch, S. Díaz Mirón, el marqués de Castañeda, T. Gautier y otros.

QUIEBRAS, por *Alejandro Valdés Riesco*. - Hemos recibido el tomo primero de esta importante obra, en la que el distinguido juriconsulto chileno Sr. Valdés Riesco estudia profundamente esta materia tan interesante de la legislación mercantil, comentando el artículo IV del Código de Comercio de Chile, concordándolo y comparándolo con diversos códigos extranjeros y completando su trabajo con la jurisprudencia de los tribunales desde que se puso en vigor aquel código hasta 1897. La obra que nos ocupa y cuyo primer tomo es un estudio completo de las quiebras en general, ha sido impresa en Santiago de Chile en el establecimiento poligráfico *Roma*, Bandera, 75.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORS, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disponen casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOGACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTACION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTACION
 EXIJA EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

P. MERE DE CHANTILLY
 ORLEANS - FRANCE
UNGUENTO ROJO MERE
 CURACION RAPIDA Y SEGURA DE LAS
 Cojeras - Alcance - Esguinces - Agriones
 Infiltraciones y Derrames articulares
 Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes
 Los efectos de este medicamento pueden graduarse a voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se estendien á todos los animales.
BLACK MIXTURE MERE
 BALSAMO CICATRIZANTE
 Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.
 EN TODAS LAS DROGUERIAS

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS, NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, 11 PARIS
 La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs FREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—Precio: 12 REALES.
 Batir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y C^o, 102, R. Richelieu, París.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DE DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empesar cuantas veces sea necesario.

PILDORAS y JARABE de BLANCARD
 con Ioduro de Hierro inalterable
 CONTRA
 la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
 Envíjase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas
 40, Rue Bonaparte, en Paris.
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor exito
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
G GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal
 Prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES
 Acritud de la Sangre, Herpetismo, Ane y Dermatosis.
 CH. FAVROT y C^o, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.
 El Mismo con IODURO DE POTASIO
 Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto segun los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.

Ergotina y Grazeas de BERGOTINA BONJEAN
 Medalla de Oro de la S^od de F^o de Paris
LABELONYE y C^o, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.
 HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grazeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **FILIVOLLE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Preparativos de pesca, cuadro de Dionisio Baixeras (Exposición Robira)

CARRERAS-CAZA
EMBROCACION MÉRÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR
LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. — DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

VINO AROUD
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MÉDICOS.
DOS FÓRMULAS:
I — CARNE - QUINA
 En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
II — CARNE-QUINA-HIERRO
 En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
 Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CH. FAVROT y C^a, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Francos 6 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et C^a 8^a St-Denis

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

SIMIENDE DE LINO TARIN
 Preparado especial para combatir con suceso Los Estreñimientos, Cólicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejica (Exigir la marca de «la Mujer de 3 piernas»).
 Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
 La Cajita: 1 fr. 30
POMADA FONTAINE
 Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los parpados, Caspa y Caída del pelo. — Fricciones ligeras por la noche.
 El Boto: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
 La Bola: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
TARIN, Farmacéutico de 1^a Clase, ex-Interno de los Hospitales PARIS. — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL de los JORET-HONOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
FR. BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 y todas FARMACIAS y DROGUERIAS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1887 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE ELIXIR. • de PEPSINA BOUDAULT VINO • de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

JARABÉ ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Selne.

UNGÜENTO ROJO MÉRÉ DE CHANTILLY
CURACION SIN TRAZAS DE LAS ENFERMEDADES DE LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS